

## *Sobre la cultura técnica impulsada por Carlos III: la Encyclopedia Metódica, como empresa ilustrada*

Mauricio Jalón  
Universidad de Valladolid

I. En la historia se producen debates cuya resonancia excesiva puede, a veces, dejar en la *sombra* cuestiones asociadas de verdadero interés. En un notable libro de viajes, y tras su estancia madrileña durante el invierno de 1786-1787, escribió Joseph Townsend que, cuando su amigo Eugenio Izquierdo -naturalista, diplomático e industrial- «regresó de París, donde se había estado preparando para hacerse cargo del real gabinete de historia natural, se le encomendó en seguida la redacción de un catálogo que convenciese al mundo de que España no se quedaba atrás respecto a esta interesante rama de la ciencia, y borrara el reproche que el señor Masson había hecho a la nación»<sup>1</sup> cuatro años atrás. La noticia es un índice más de la ruidosa desaprobación de una crítica extranjera, seguida una defensa ponderada o apasionada del país, según se ha resaltado al abordar la conocida polémica sobre la cultura española, que dominó la opinión madrileña en el último tramo ilustrado, alcanzando, incluso, alguna repercusión en París y Berlín.

Pues bien, la *sombra* que conviene desvanecer, en este caso, no sería ya el peso

---

<sup>1</sup> J. TOWNSEND, *Viaje por España en la época de Carlos III*, Madrid, Turner, 1988, p. 251. En la página siguiente habla de alguien que luego tendrá cierto papel en la *Encyclopedia Metódica*: «El señor Clavijo era director del teatro Real; pero cuando se necesitó una persona capaz de dirigir una de las imprentas públicas se pensó en él; y, como era hombre de letras, desempeñó el cargo a satisfacción de la corte. Cuando... don E. Izquierdo pasó a ser el director del gabinete, y se hizo necesaria una persona para sucederle como subdirector, el ministro de Hacienda se fijó en mi amigo Clavijo. Estoy convencido de que confirmará con su ejemplo que un hombre sabio puede ejercer cualquier función». Townsend reconoce la «escasez de hombres capaces», pero, además, su frase no deja de ser una muestra del eclecticismo ilustrado.

Por otro lado, los términos de la reivindicación española se repiten a menudo, siendo ya un tópico de nuestra cultura científica: sobre la polémica, destacan los análisis de Herr, Anes, Marías o François Lopez. Pero, p. ej., los antólogos E. y E. GARCÍA CAMARERO, *La polémica de la ciencia española*, Madrid, Alianza, 1970, se limitan a presentar los textos de Cavanilles, Denina, Forner, Cañuelo, entre 1784 y 1787, con Masson y en las pp. 9 y 529 (n. 27) citan el artículo francés de la *Encyclopédie méthodique* de 1782, sin hablar en absoluto de la traducción castellana. Tampoco lo hace J.L. ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, Espasa, 1986 (1988), t. III, p. 880: en una nota, sólo indica que el artículo «Géographie moderne» pertenece a la *Encyclopédie méthodique* de París, 1782, pp. 554-568.

de los saberes naturales por esos años ni el uso que de ellos se hace para «defender» el propio prestigio: se sabe bien que la *polémica* entre los panegiristas del pasado español y los antitradicionalistas surgió antes de 1782, y desbordó luego el campo naturalista<sup>2</sup>. Habría que iluminar, en cambio, cómo repercutió en un avanzado proyecto editorial, la traducción de la *Encyclopédie méthodique*, puesto que la *Encyclopedia* impresa en Madrid ha sido olvidada prácticamente hasta hace pocos años y luego sólo rozada, de hecho, por algún trabajo breve o lateral.

De antemano, la circulación del original francés preparado por el gran editor Panckoucke -esa gran experiencia de difusión enciclopédica europea que llegó a ser la *Encyclopédie méthodique*-, ha sido tratada más bien de paso por los estudiosos: siempre al describir los efectos de esa famosa polémica sobre la ciencia y el pensamiento españoles, que se acentuó a partir de 1784. Pese a su reconocimiento indirecto, muchas cuestiones editoriales se mantuvieron inexploradas al abordar la lectura del artículo «Espagne» de Masson de Morvilliers de 1782: texto ambiguo, y sólo en parte ingenuo, pues toda su argumentación le servía para elogiar, al final, la tarea realizada por nuestro rey ilustrado. Y es que el artículo había sido redactado para la obra en marcha de Panckoucke, en la que el impetuoso impresor trataba de poner al día por completo -desde 1778, y de la mano de un conjunto de *philosophes* de la segunda generación-, la pronto considerada envejecida *Encyclopédie* (1751-1771), creando, en definitiva, una nueva enciclopedia temática, que comenzó a aparecer a la muerte de D'Alembert y de Diderot.

Pero lo que interesa resaltar aquí es que han pasado bastante desapercibidos, dentro o fuera de nuestro país, el significado y la forma misma de la traducción al español -así como su reelaboración no desdeñable-, de doce tomos de la *Encyclopedia Metódica*, cuyo prospecto se remonta a 1782, y que aparecieron entre 1788 y 1794 gracias a la empresa editorial de Sancha. Dada la novedad y amplitud de su factura, parecería exigible un estudio sistemático de las variantes, ampliaciones, interpolaciones españolas, que no han sido mínimamente descritos, así como acerca de los autores de estas versiones. El sentido global de esta obra tan notable está por desarrollar.

Ya los primeros contactos con la parcial versión de Madrid de esa «biblioteca completa y universal de todos los conocimientos humanos» -definida por el editor y redactor jefe francés como «un des plus beaux monuments que les hommes, dans aucun temps, aient jamais élève à la gloire des lettres, des sciences, et des arts»-, nos sugiere bastantes preguntas sobre la cultura entre 1759-1788 o, mejor, en los tiempos finales del reinado de Carlos III. Y permite incluso anticipar alguna perspectiva sobre la ciencia y la ilustración españolas que evoca este proyecto editorial, la nueva

---

<sup>2</sup> En una fecha anterior, 1762, el botánico Quer atacó ciertas alusiones, de 1736, a los naturalistas españoles por parte de Linneo, criticando el estado de los estudios botánicos. Pero el discurso de Quer estaba motivado más bien por su rechazo a la taxonomía linneana: cf. R. PASCUAL, *El botánico Quer (1695-1764), primer apologista de la ciencia española*, Valencia, IEDHC, 1970. Véase el balance de José M<sup>o</sup> LÓPEZ PIÑERO, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979, pp. 20-31.

*Encyclopedia Méthodica* (E.M.) preparada en Madrid, gracias a las generosas sugerencias que nos hizo José Luis Peset, especialista mayor en la historia de la ciencia española del Dieciocho, quien, por su parte, ya había hecho notar este vacío en la investigación<sup>3</sup>.

A primera vista, no deja de ser sorprendente el olvido -total hasta los sesenta, y sólo muy recientemente comenzado a reparar-, de esta traducción española impresa por Antonio de Sancha. Sin embargo, hay que tener en cuenta también la simultánea desatención hacia la importante edición originaria de Panckoucke por parte de los investigadores europeos en general. Ya el historiador americano R. Darnton se veía obligado a reconocer en su monografía de 1979, *The Business of Enlightenment* que, hasta el inicio de su gran trabajo, la *Encyclopédie méthodique* había sido situada en un estante inaccesible para los estudiosos: «y, sin embargo, merece ser exhumada del olvido pues representa el acabamiento del enciclopedismo»<sup>4</sup>. Esta otra omisión, mucho más grave -dada la gigantesca maquinaria intelectual y empresarial que se puso en marcha a finales del siglo XVIII, en toda Europa, para llevarla a cabo-, comenzó a remediarse simultáneamente gracias a la tesis francesa de S. Tucoo-Chala sobre Panckoucke, publicada en 1977. Además de por el tamaño de este «edificio» enciclopédico, muy poco abarcable, tal negligencia extraña había sido debida, sin duda, a ciertos hábitos de la historiografía.

Sin embargo, y desde un punto de vista muy amplio, la manifiesta pujanza de la historia del libro, en los últimos tiempos, ha alterado las escalas de trabajo, contrastando con el desinterés hasta fechas recientes por el estudio del estricto del valor, en la historia cultural y económica, de ciertos proyectos editoriales. Poniendo en juego unas fuentes de información que se habían utilizado antes de un modo mucho más tímido e indirecto, se ha rastreado intensamente en estos años el papel del *orden de los escritos* o de la *producción de significación* intentando captar cómo, especialmente a finales del Antiguo Régimen, la circulación de los impresos creó nuevas formas de pensamiento y de sociabilidad, alterando las relaciones de poder. Tras la crítica y modificación de los tipos de análisis cultural propios del periodo entre 1960 y 1980 -ideológicos o estructurales-, en la última década se ha soslayado cierta rigidez en las determinaciones colectivas (esto es, en la primacía de la división social) y se ha insistido tanto en la complejidad de la vida política como en la actitud lectora desde

<sup>3</sup> Cf. A. LAFUENTE, J.L. PESET, «Método, educación y felicidad pública», *Historia* 16, 53, 1980, pp. 77-83, donde él mismo había avanzado y resaltado insólitamente lo revelador de esta empresa casi desconocida, señalando un documento del Archivo de Simancas donde se indica que, por estímulo de Campomanes, el bibliotecario del Seminario de Nobles está traduciendo, en el año 1783, una enciclopedia. Corresponde a los dos tomos publicados de la E.M. en 1794 sobre *Fábricas, artes y oficios*, en versión de Antonio Carbonell y Borja. Por nuestra parte, presentamos ya un avance de este trabajo (aunque con una orientación diferente) en 1995, en el encuentro internacional sobre la materia en la *Encyclopédie*, Joinville (Haute-Marne). La ponencia, «La traduction de l'*Encyclopédie méthodique* et la naissance de la 'culture matérielle' en Espagne», está publicada en S. ALBERTAN-COPPOLA, A.M. CHOUILLET (eds.), *La matière et l'homme dans l'Encyclopédie*, París, Klincksieck, 1997, pp. 159-186.

<sup>4</sup> R. DARNTON, *L'aventure de l'Encyclopédie, 1775-1800*, París, Le Seuil, 1992, p. 423.

otras perspectivas, por ejemplo en la estela de Weber o Elias, haciendo uso, eso sí, de los resultados de una anterior historia serial del libro, tan necesaria como insuficiente<sup>5</sup>.

Dar cuenta del «cambio de clima» español reparando en los impresos o la tarea impresora, sin duda, no es labor ni fácil ni inmediata. Pero algunos argumentos nuevos pueden probarse: el propio Darnton reconocía que, aunque las conclusiones sean aún muy provisionales, la historia del libro ofrece un *observatorio* de las mentalidades ilustradas<sup>6</sup>; y justamente el perfil de la industria librera a finales del XVIII permite comprender ciertos problemas de esa edición española a la par de los sucesos europeos y de las dificultades del propio Panckoucke.

II. Después de un rodeo tan extenso, conviene ya considerar elementos concretos de discusión, los relativos estrictamente a España y su curioso proyecto enciclopédico. De antemano, una rápida descripción de la pobre información de la que se dispuso acerca de la E.M. de Sancha nos puede abrir un primer paso hacia la comprensión y los límites de esta traducción. Por lo que se refiere a los trabajos del siglo XIX, Menéndez Pelayo, en sus sesgados análisis sobre el enciclopedismo en España de su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), a la vez que alaba la prohibición de 1784 de importar la *Méthodique*, habla del «atreimiento» de poner en castellano la E.M.: «en tiempo de Floridablanca, el editor Sancha acometió la empresa, contando con la protección oficial, que luego le faltó. Sólo llegaron a salir los tomos de *Gramática y Literatura*, cuya revisión corrió a cargo del P. Luis Mínguez de las Escuelas Pías, buen humanista»<sup>7</sup>. No da ninguna otra noticia Menéndez Pelayo; y nótese que el director de la Academia de la Historia y defensor de la tradición científica española, dirigirá, eso sí desde 1898, la Biblioteca Nacional, donde se hallan todos los ejemplares de esa traducción alentada por nuestro editor de la Ilustración. A causa de sus prevenciones antiilustradas, el valioso polígrafo deformó parte de la historia intelectual de España, condicionando muchas interpretaciones ulteriores, como se verá. Pocos años después, en 1905, el gigantesco monumento enciclopédico español -la hoy todavía en vigor *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*- indicaba únicamente que «en 1806 se publicó en Madrid una traducción española en 10 tomos» de la E.M., lo cual no se corresponde, como se ha dicho, con la realidad,

---

<sup>5</sup> R. CHARTIER, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, esp. pp. 46-50; cf. CHARTIER, *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa, 1996, introducción. (Sobre el significado de esta «antropología cultural», véase P. BURKE, *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, Gedisa, 1993, pp. 85-86). Ya en un clásico -en el prólogo de L. FEBVRE, de 1953, a H.J. Martin, *L'apparition du livre*, París, A. Michel, 1971-, se sugería esa tarea hablando del «cambio de clima» intelectual: el proyecto ha cobrado su vigor en los últimos años.

<sup>6</sup> R. DARNTON, *Edition et sédition*, París, Gallimard, 1991, p. 214.

<sup>7</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, México, Porrúa, 1983, t. III, cap. III «El enciclopedismo en España durante el siglo XVIII», pp. 130-225 (la noticia en pp. 163-164). En este capítulo, tan poco tolerante, aborda la propagación de la filosofía sensualista por parte de Verney, Eximeno, Foronda, Campos, Alea, Lapeña u otros, y rebaja el valor de algunas figuras de nuestra Ilustración que, pasados más de cien años, seguimos sin duda considerando importantes.

aunque al menos dé un indicio sobre la existencia de estos miles de páginas<sup>8</sup>.

Saltando hasta mediados de este siglo, en 1952 y 1956, Jean Sarrailh<sup>9</sup> hizo un análisis pionero de la importante influencia enciclopédica en España. Pero sólo abordó la difusión de las ediciones francesas. Indica que la primera *Encyclopédie*, aunque prohibida en 1759, fue comprada, además de por particulares, por la Junta de Comercio de Barcelona, en 1769, o por la Sociedad Económica Vascongada en 1772 (en 1793, la *Méthodique* será retirada por la Inquisición de Logroño, pero devuelta ese mismo año), y que, algo después, el promotor de la reforma ilustrada, Campomanes, llegó a aconsejar que se tradujeran determinados artículos de la *Encyclopédie* eligiendo «lo útil y abandonando lo que con razón debe evitarse como perjudicial»: de hecho, en 1776, el Inquisidor concedió permiso para que se llevara a cabo esta selección en la Sociedad Económica de Madrid. Más adelante, este polémico «explorador» de nuestra Ilustración describe fugazmente los problemas de la edición francesa, la *Encyclopédie méthodique*, con el Santo Oficio: en 1788, el Inquisidor le escribió al ministro Floridablanca para informarle que debería corregirse y modificarse y ordenó la recogida de ejemplares en el almacén de la representante en Madrid de Panckoucke, siendo prohibida definitivamente en 1789. Y añade Sarrailh: «También se desautorizó la traducción que de esa obra quería publicar el gran editor Sancha, cuyo memorial... fue rechazado en 1788», precisando en una nota: «parece, sin embargo, que Sancha llegó a publicar dos tomos (gramática y literatura)». Parece, dice, citando literalmente a Menéndez Pelayo. Pero ya en 1788 habían salido los tres primeros volúmenes, significativos, además: dos de historia natural y uno de gramática. Y luego se imprimieron nueve más.

Sólo en la década de los sesenta, comienza a recordarse la traducción de la E.M., si bien episódicamente. El norteamericano R. Herr, al enfrentarse con el eco de la revolución del siglo XVIII, ofrecía en 1960 una clara exposición de la polémica de la ciencia española, aunque, en lo que aquí perseguimos, se limitaba a citar los dos tomos de historia natural y uno de geografía (el tercero) de la E.M.<sup>10</sup> Eso sí, dedicaba

<sup>8</sup> Cf. Espasa, «Enciclopedia», t. XIX, p. 1.170. En un estudio reciente, se señala acerca de la *Méthodique* que «el problema de las traducciones, abordado varias veces de forma rápida, se conoce mal»: M. PINAULT, *L'Encyclopédie*, París, PUF, 1993, pp. 122-123. Cf. F.A. KAFKER, «Les traductions de l'Encyclopédie du XVIII<sup>ème</sup> siècle: quelle fut leur influence?», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 12, 1992, pp. 165-173, señala que esa tarea es aún temeraria, si bien dedica dos líneas al proyecto de Sancha (p. 170).

<sup>9</sup> J. SARRAILH, *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, FCE, 1992 (or. 1954), pp. 241-242, 249 y 273-274; sobre la E.M., pp. 303-304. Y no afirma otra cosa en su artículo previo: «Note sur l'Encyclopédie en Espagne», *Cahiers Assoc. Intern. Etudes françaises*, V, 1952, pp. 77-83 (cf. p. 82). Sobre la difusión de la *Encyclopédie* de Diderot, cf. J. DE BOOY, «A propos de l'Encyclopédie en Espagne. Diderot, Miguel Gijón et Pablo de Olavide», *Revue de littérature comparée* (extrait), s. a., 1961, pp. 596-616 (París, Didier).

<sup>10</sup> R. HERR, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964 (1988), pp. 182-190. Cf. pp. 37, 290-291, donde afirma erróneamente que sólo salió el tercero, para evitar la entrada «España». El emocionado prólogo de Herr a la 2ª ed., de rechazo, manifiesta los ecos del integrista nacional, a juzgar los insultos que recibió, en 1964, junto con Sarrailh, en la prensa. Véase, en cambio, sobre éste, J.A. MARAVALL, *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*, Madrid, Mondadori, 1991,

unas líneas al proyecto del editor Sancha, afirmando que «en 1788 contaba de nuevo con el apoyo oficial» y que consiguió una rápida autorización inquisitorial: permitiría ofrecer el conocimiento científico, a condición de suprimir todas las posibles irreverencias (nulas, de hecho, como veremos). Complementariamente, Defourneaux, en 1963, para abordar la censura de libros en nuestro Setecientos, analizó los problemas de la temprana difusión, desde 1756, de la *Encyclopédie* como ejemplo de las vacilaciones de la autoridad española, dadas las demandas del público cultivado y de las Sociedades de los Amigos del País, que claro es habían proliferado entre 1775 y 1781. Con respecto a la venta de la *Méthodique*, subrayaba Defourneaux, de nuevo, el «affaire Masson» pero también el curioso interés español por esta obra de referencia, indicando a pie de página cuáles fueron los doce tomos de la traducción española<sup>11</sup>.

Pero la líneas de investigación de estos destacados hispanistas no fueron ampliados de inmediato. Por otra parte, un estudioso de los ecos del proyecto enciclopédico francés en Europa, L. Trénard, recordaba otra vez poco después este mismo desafortunado artículo de Masson pero irónico, no lo olvidemos, señalando, sin más, que Carlos III autorizó la traducción de la E.M.: «que testimonia el interés mostrado por España hacia el famoso diccionario»<sup>12</sup>. Por su lado, tres investigadores del papel de Panckoucke se limitaron asimismo a dar la mera noticia de este proyecto español. El primero, G.B. Watts, reseñaba en 1969, sin más, que Sancha planeó, en 1782, publicar la traducción de 53 volúmenes y otro de planchas, advirtiendo que salieron, entre 1788 y 1794, once de ellos más uno de planchas<sup>13</sup>. Cinco años más tarde, en 1974, Tucóo-Chala anotaba únicamente, para el caso de la E.M., cómo

---

pp. 563-566 (texto de 1954). Que esta polémica sigue encendida podemos comprobarlo en los capítulos liminares (I y XX) de J. MARICHAL, *El secreto de España*, Madrid, Alfaguara, 1996, quien, por cierto, sólo habla de la «monumental *Encyclopédie*», p. 345, al referirse a Masson.

<sup>11</sup> M. DEFOURNEAUX, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973 (or. 1963), pp. 196-201, y enumera los tomos publicados en p. 200, n. 62. Sólo cita su existencia, además, en su «Tradition et Lumières dans le 'Despotismo ilustrado'», en P. FRANCASTEL (ed.), *Utopie et Institutions au XVIIIe siècle. Le pragmatisme des Lumières*, Paris, Mouton, 1963, pp. 229-245. Ya G.B. WATTS había enumerado los volúmenes de la E.M.: «The *Encyclopédie méthodique*», *Publications of the Modern Language Association of America*, LXXIII, 1958, pp. 348-366. Por otra parte, no sólo destacan las bibliotecas de Campomanes u Olavide, por citar un caso tan notable como triste. Olavide poseía 2.000 libros en francés («sobrepasaba con mucho la media de las bibliotecas privadas francesas de la misma época», 1776), según el propio M. DEFOURNEAUX, *Pablo de Olavide el afrancesado*, Sevilla, Padilla, 1990 (or., París, 1959), cap. III.

<sup>12</sup> L. TRENARD, «Le rayonnement de l'Encyclopédie, 1751-1789», *Cahiers d'histoire mondiale*, IX, 3, Neuchâtel, La Baconnière, 1966, pp. 712-747. En las pp. 744-745, señala cómo hubo intentos de síntesis cristianas de la *Encyclopédie* llevadas a cabo por los jesuitas (que elaboraron diccionarios alternativos, atenuadores de la ciencia ilustrada), y su distribución en las Sociedades de Amigos. Cuando aparece la *Méthodique*, se traduce su prospecto en Madrid y la Inquisición examina los volúmenes que entran en España pero se permite recoger abonos para la edición francesa. Y, en fecha muy tardía, L. DOMERGUE («Inquisición y ciencia en España», *Arbor*, CXXIV, 484-5, 1986, pp. 103-130), se limita a decir que «una traducción expurgada de la enciclopedia no resultó posible» (p. 114).

<sup>13</sup> G.B. WATTS, «Ch.-J. Panckoucke, 'l'Atlas de la librairie française'», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, LXVIII, 1969, pp. 67-205.

Panckoucke, en busca de mercados nuevos, comenzó a apoyar ciertas traducciones extranjeras, como la española, italiana o sueca, pero sus datos para la primera de éstas fueron los mismos que habían aportado Sarrailh o Defourneaux<sup>14</sup>. Finalmente, Darnton dedicó a la E.M. cinco breves e insuficientes líneas en *The Business of Enlightenment*, donde, tras citar la cifra de los volúmenes de texto -once-, añade solamente: «lo que nos da una idea de la diferencia existente entre la España de Carlos III y la de Carlos II, y quizá también de cómo Panckoucke atemperó el texto de Diderot»<sup>15</sup>.

Es verdad que, en España, un especialista como Anes se ha preocupado cada vez más de la trama enciclopedista española, como se aprecia en dos artículos: a sus breves páginas sobre la difusión de la *Encyclopédie* de Diderot en España, de 1970, se añaden, ocho años después, las cincuenta de su denso trabajo sobre la difusión española de la *Encyclopédie méthodique*<sup>16</sup>. Son una excepción entre los estudios de esta faceta editora; pues, efectivamente, al hilo de los legajos consultados en el Archivo Histórico Nacional, da cuenta pormenorizada de las dificultades de Panckoucke para la introducción de su proyecto en lengua francesa en España. Sin embargo, tras este detallado análisis, Anes sólo dedica una página a la traducción de la E.M., y, sin precisar siquiera el número de volúmenes, habla de su tono deliberadamente «aséptico» conjeturando al tiempo que el trabajo de Sancha podría haber sido estimulado por el propio Santo Oficio.

Hay una segunda excepción, que tiene su arranque en el artículo de Masson

<sup>14</sup> S. TUCOO-CHALA, «La diffusion des Lumières dans la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle: Ch.-J. Panckoucke, un libraire éclairé (1760-1799)», *Dix-huitième siècle*, 6, 1974, pp. 115-128; en p. 122, señala cómo Panckoucke, adivinando cómo el francés puede dejar de ser la lengua internacional, contraataca hacia 1785 dirigiendo él mismo la traducción española de la E.M., pero «la Inquisición y la Revolución no permiten poner a prueba esa táctica, sin duda eficaz». En su extensa tesis redactada en esa fecha sólo dedica unas líneas a la E.M.: Ch.-J. Panckoucke et la librairie française, 1736-1798, Pau-París, Marinpouey-Tuzot, 1977, pp. 337, 375, 390-391 y 402.

<sup>15</sup> R. DARNTON, *L'aventure de l'Encyclopédie, 1775-1800*, p. 498, recuerda en dos ocasiones, pp. 340-341 y 498, los problemas de la *Encyclopédie méthodique*: en 1783, Thévin librero de la corte de España vuelve a París para comprar 300 series y negociar una edición española con planchas. A su regreso a Madrid, publica la traducción del prospecto y logra el apoyo del gobierno y del propio Inquisidor. Panckoucke vende 350 enciclopedias, y los españoles publican 11 vol. de su traducción. En 1788, se cierran los depósitos de libros por la autoridad y se interrumpe la traducción, concluye Darnton.

<sup>16</sup> G. ANÉS, «L'Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers, en España», en VV.AA., *Homenaje a Zubiri*, Madrid, 1970, I, pp. 123-130; y «La Encyclopédie Méthodique en España», en VV.AA., *Ciencia social y análisis económico. Estudios en homenaje al Prof. Valentín Andrés Alvarez*, Madrid, Taurus, 1978, pp. 105-152; pero sólo dedica, al final, la p. 151, a la traducción española: sus comentarios son mínimos. Ambos trabajos son reseñados por F. LAFARGA, «Diderot et l'Espagne», en A.M. CHOUILLET (ed.), *Colloque Int. Diderot*, París, Aux amateurs des livres, 1985, pp. 395-401. Sobre la evolución de G. ANÉS, cabe señalar que en *Economía e «Ilustración» en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1969, pp. 139-198, sólo escribe que la *Méthodique* circuló con permiso hasta 1788 (y que faltan estudios sobre el grado de influencia que llegaron a tener en el pensamiento español algunas corrientes ideológicas iniciadas en el extranjero). Pero ya en su síntesis, *El Antiguo Régimen: los Borbones*, Madrid, Alianza-Alfaguara, 1975, pp. 459-471, manifestaba gran interés por la suerte en España de las dos enciclopedias, especialmente por la *Méthodique* en su edición originaria. Cf. también, A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Carlos III y la España de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 178-179.

(como en el caso anterior), pero sólo como punto de partida para hacer un análisis de alto vuelo: las cien páginas que dedica François Lopez a «Forner, apologiste de l'Espagne», en su riguroso estudio, de 1976, sobre el escritor y polemista, incluyen unas muy útiles indicaciones sobre la E.M., como apoyo a su argumentación sobre la *légende anti-hispanique*, que concluyen con la oferta de un trabajo posible: «dejemos aquí la historia de la *Encyclopédie méthodique* en España, que, si hubiera que reconstruirla con todas sus peripecias, nos daría materia para una gruesa monografía documentada abundantemente»<sup>17</sup>. La mirada de Lopez, pues, no llegaba a entrar en sus páginas.

Sin duda existen trabajos bibliográficos estrictos donde se señalan las fechas de aparición de esta *Encyclopedia*. A estos datos muy diseminados, hay que sumar las indicaciones imprescindibles de ciertos repertorios sobre los impresos nacionales. Ya el gran conocedor de las ediciones españolas, Rodríguez Moñino, en su exhaustivo catálogo de 1971, *La imprenta de don Antonio de Sancha (1771-1790)*, recogía todos los volúmenes que llegaron a salir de esta casa editorial, detallando las características físicas de los tomos correspondientes a la E.M. Tampoco hay que olvidar al mayor especialista en nuestros intelectuales del siglo XVIII, Aguilar Piñal, quien en la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, repertorio reciente y ya clásico de 1983, señala claramente la traducción parcial de la E.M., especificando en qué bibliotecas se halla hoy en España y dando alguna información sobre dos de los traductores<sup>18</sup>. Y también, dados los avances de la historia del libro en España (eso sí, sin un alcance global), aparecen noticias rápidas sobre este proyecto de Sancha. Así lo hacen Escolar o López Vidriero, en estudios publicados en los últimos cinco años sobre la edición en el siglo XVIII; y la segunda, en 1994, reproduce alguna de las láminas y enumera todos los rótulos, aunque utiliza para ello menos de una página<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> F. LÓPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*, Burdeos, Université de Bordeaux, 1976, p. 357. Cf. su extenso y cuidado c. IV, pp. 317-436. Este autor es, de los modernos, el más crítico de Masson. Por otra parte, una investigadora americana, releyendo la documentación indicada por Anes y Lopez, esclarecía recientemente el contexto histórico de la E.M. en unas demasiado breves pero cuidadas páginas: C. Donato, «La *Enciclopedia Metódica*: la traducción espagnole de l' *Encyclopédie Méthodique*», *Recherches sur Diderot et sur l' Encyclopédie*, 12, 1992, pp. 155-164. Asimismo ha sido comentado el tomo relativo a gramática y literatura por M. GARRIDO PALAZÓN, *La filosofía de las bellas letras y la historia literaria en España (1777-1844)*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses y C. Universitario, 1992, pp. 113, 121 y 123.

<sup>18</sup> A. RODRÍGUEZ MOÑINO, *La imprenta de don Antonio de Sancha (1771-1790)*, Madrid, Castalia, 1971, pp. 372-374, 421-425: corrige algunos datos del viejo texto de E. Cotarelo sobre el editor ilustrado; pero no cita la E.M. en el prólogo a este repertorio (pp. 9-21). Cf., por lo demás, F. AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1983; donde hay, con todo, alguna leve errata: en el t. V, el n° 2468.- Mallent, E.M., la signatura de la B.N. es la 3-42951; y el n° 4954.- Mínguez de San Fernando, la signatura de la B.N. es la 3-42952. Añadamos que los volúmenes de *Geografía* también se encuentran en Madrid (Nacional, 3-42956, 3-42957, 3-42958).

<sup>19</sup> H. ESCOLAR, «El patriotismo de los ilustrados. La aventura editorial de don Antonio de Sancha», *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*, Salamanca, Fund. Sánchez Ruipérez, 1989, pp. 89-116 (dedica media página -p. 114-, a la E.M.); *Historia universal del libro*, Madrid, Fund. Sánchez Ruipérez, 1993, cap. 27, «El siglo XVIII. El renacer tipográfico en España», pp. 529-545 (dedica unas líneas de la p. 542, afirmando que al morir Sancha sólo «se habían publicado unos tomos» de la E.M.). Cf.

En fin, todo este recorrido nos muestra la dispersión de ciertos datos y, a menudo, la ausencia de planteamientos novedosos en la descripción histórica. Pues no aparecen en absoluto integrados en una discusión bien cuajada sobre el significado cultural de la traducción española de la nueva *Encyclopedia* en ese momento y para algunos ciudadanos: para ese «nuevo público que lee», según las palabras contemporáneas de Kant, o esa generalidad que *acabará leyendo*, como dice, por las mismas fechas, Jovellanos.

III. Si damos un salto hacia el pasado, de más de dos siglos, y nos circunscribimos a la opinión de algunos de los protagonistas de nuestra Ilustración, no deja de sorprender en cambio, por contraste con la citada amnesia, sólo poco a poco compensada, la habitual referencia a ese proyecto enciclopédico madrileño en cierta literatura, bien conocida, del momento.

Desde luego que los ilustrados hablaron con orgullo de sus avances en el universo de los libros. Así lo hizo el jurista, desamortizador e historiador de nuestra economía política, Juan Sempere y Guarinos (1754-1830), que participó originalmente en la Sociedad Económica de Madrid. Este informante sobre la ley agraria, con su monografía sobre los mayorazgos de finales de siglo, había destacado sin duda ya, entre 1785 y 1789, gracias a su valioso *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, donde logró dar, en seis partes, el mejor retrato sobre la actividad intelectual en tiempos renovadores, alcanzando, por añadidura, cierta divulgación en Francia, Italia y Suecia. El trabajo es también un manifiesto de las Luces, y como tal conviene evocarlo.

Defiende Sempere en el *Discurso* preliminar la división de las ciencias de Bacon y el intento de llevar a efecto las «empresas más útiles». Y, en efecto, las entradas destacables de este trabajo, en forma de diccionario alfabético, se corresponden paso a paso con los temas ilustrados que va desgranando: la situación de la agricultura y la economía política; los progresos en química y en matemáticas, en los gabinetes de historia natural y jardines botánicos la ciencias en expansión; los vicios y las reformas carolinas de la Universidad; el «fomento de la aplicación» (V, 140) plasmado en las Sociedades económicas, especialmente la vascongada y la matritense -«uno de los sucesos más notables y gloriosos» del reinado de Carlos III-; en fin, el estudio de la gramática y los progresos en la imprenta. Los nombres propios que aparecen en este documento, redactado por un miembro activo del reformismo carolino como Sempere, son, entre tantos, Feijoo (y su defensa de la lengua de cultura, el francés), Cadalso, Campomanes y Floridablanca, Macanaz, Bails. Pero también Cavanilles, al que dedica un amplio apartado (II, 166-172) y Masson, autor de unas «imputaciones», a las que respondió el citado botánico: ambos textos le estimularon a Sempere. De hecho, según reconoce en el *Discurso* inicial, «la publicación de la

---

la referencia de M.L. LÓPEZ-VIDRIERO, «La imprenta en el siglo XVIII», en H. ESCOLAR (ed.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fund. Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 201-269 (p. 249).

*Encyclopédie Méthodique* y varias de las conversaciones que he oído, así sobre aquella obra, como sobre las *Observaciones* que ha publicado en París D. Antonio Cavanilles, me han hecho conocer mucho más la necesidad que tiene el público de ser instruido con más individualidad sobre el estado actual de nuestra literatura»<sup>20</sup>.

Si Sempere elige ese ángulo enciclopédico por diversos motivos (también «ilustradores»), ya Cavanilles -en las ciento cincuenta páginas de las *Observations sur l'article «Espagne» de la Nouvelle Encyclopédie*, aparecidas en París en 1784, y pronto traducidas-, había hablado de nuestros escritores (de Nebrija, Vives y Arias Montano; de Mayans, Isla y Feijoo), de los progresos en física, botánica (Casimiro G. Ortega, Palau, Mutis, Barnades), medicina y matemática («no poseemos hoy ni un d'Alembert ni un Euler», aunque sí figuras notables e instituciones matemáticas en Madrid, Barcelona, Segovia, Ferrol y Cádiz), de los avances en Universidades como la de Valencia -donde se lee, dice, a Condillac y Muschembroek- y, sobre todo, del desarrollo de la agricultura y de la industria en general<sup>21</sup>.

Más aún, admitiendo Cavanilles que sólo en un tiempo infortunado como el de finales del siglo XVII español «la sátira de M. Masson podía aplicarse con justicia», lamenta las banalidades de esa, como sabe ver bien, sátira, y deplora «que este artículo extravagante se halle consagrado en una obra como la *Encyclopédie...* destinada a ser el depósito fiel de los conocimientos humanos». E incluso, alabando al tiempo a los dos grandes impresores ilustrados, Ibarra y Sancha, señala que el segundo estaba impulsando, por entonces, la traducción de la E.M.: «es él quien se ha encargado de dar a España la *Encyclopedia*, y la confianza que le conceden los españoles le ha permitido obtener una cantidad suficiente de suscriptores»<sup>22</sup>.

Añadamos que, por su parte, Forner, en unas cartas manuscritas de esos años -que son, en realidad, otra sátira contra Masson y una respuesta, de rechazo, a

<sup>20</sup> J. SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Gredos, 1969, ed. fac., I, pp. 40-41. Un libro sin duda muy notable, pero eso sí siempre en homenaje a los Borbones. Véase la repercusión directa, en 1784, de la polémica sobre la *Méthodique* en la prohibición de venta de libros sin licencia (*Novísima recopilación*, título XVI, ley XXXI, p. 141), que parte de los «perjuicios que acaban de tocarse en la nueva *Enciclopedia metódica* impresa en Francia».

<sup>21</sup> CAVANILLES, *Observations sur l'article «Espagne» de la Nouvelle Encyclopédie*, París, Jombert, 1784 (traducido ese mismo año, fue publicado en Madrid por la Imprenta Real, como los tomos de Sempere). Sobre estos temas y las Sociedades patrióticas, cf. pp. 80-104. A principios de ese año, había escrito a Floridablanca que, en vez de rehacer el artículo y sustituirlo por el francés, «sería conveniente imprimir otro cuaderno donde se pinten con los colores que merece el autor M. Masson y sus falsedades» (AHN, Estado, legajo 2992, caja 1°).

<sup>22</sup> Cavanilles, *op. cit.*, pp. 148, 3-4 y 31-32 (sobre Sancha). Antonio Cavanilles reconoce los excesos de bárbaros exploradores en América y de la Inquisición, pero indicando, notémoslo bien, que «Francia e Inglaterra no habían estado al abrigo del azote de la superstición» (pp. 120-122). Trabajos recientes han puesto en evidencia, por lo demás, su valioso intercambio con los naturalistas parisinos: cf. F. PELAYO, M. FRÍAS, «A.J. Cavanilles y la Historia natural francesa», *Asclepio*, XLVII, 1, 1995, pp. 197-216; J.L. PESET, «El Jardín Botánico de Madrid y sus relaciones con Francia», *Asclepio*, XLVIII, 1, 1996, pp. 59-70, esp. 66-67 (por contraste con sus colegas, el valenciano «era un buen conocedor de la lógica y la ciencia modernas y era el primer español que se puede considerar botánico científico»).

Cavanilles, por su actitud tan serena-, cita la traducción de la nueva *Encyclopedia* que, dice, está curso y habla de su segura difusión en América «donde se conoce poco el francés»<sup>23</sup>. Los tres documentos de distinta naturaleza, aunque giren en torno a la molesta polémica, apuntan con claridad y especial interés a la versión enciclopédica renovada.

IV. Parece, pues, que la apelación del mundo editorial se hace imprescindible ya. Si los años comprendidos entre 1780-1786 fueron los de mayor osadía intelectual de la ilustración española, justo en ese momento se sitúa el proyecto enciclopédico del editor Sancha. Por entonces, a la consagración de los ilustrados -así lo decía Sempere- se unen los progresos fundamentales de la edición española, en la que ese proyecto se encuadra. Pues se recogen los frutos del considerable esfuerzo por relanzar la industria editorial, con el apoyo y control reales: como se sabe, corresponden a dos Borbones, Felipe V y especialmente a Carlos III, la mayoría de las leyes sobre el libro y la imprenta que se elaboraron en España entre finales del siglo XV y principios del XIX (casi sesenta de setenta y dos). Y ello sucede a la par de la política librera francesa, que había ido imponiéndose no sin fuertes debates.

Pues bien, desde 1763 sobre todo se aceleran medidas que habrán de corregirse o impulsarse en años sucesivos: abolición del precio obligatorio de los libros excepto para los dedicados a la enseñanza; reconocimiento exclusivo del *derecho al autor* para publicar libros<sup>24</sup> y supresión de los privilegios de las compañías religiosas, pasados y presentes, y de otras manos muertas para la edición, así como del pago obligatorio a los censores (que habrían de trabajar ya, si es que lo aceptan, voluntariamente); simplificación de las certificaciones que aparecían en portada, prohibición al santo oficio a que condene libros sin oír la defensa de la parte interesada, por un lado; y, por otro, ayuda a los encuadernadores, impidiendo que entren libros extranjeros ya encuadernados; abaratamiento de los elementos de imprenta (llega hasta un tercio en el caso del plomo); exención del servicio militar a fundidores, impresores y otros oficios afines, así como concesión de ayudas para aprender el oficio en el extranjero.

<sup>23</sup> FORNER, [«Seis cartas de... a un amigo»], Madrid, B. Nacional, s. a., Ms. 18565 (4), 54 pp. Alude, en un rútilo inicial, a una sátira de Juvenal (con otra letra, aparece subrayado *Contra Cavanilles*), e inventa finalmente un artículo similar al de Masson pero dedicado a Francia: si se incluyese en la traducción de la E.M., pregunta Forner, «¿qué concepto haría de la Francia un americano?». No olvidemos que lo arroja un lema irónico.

<sup>24</sup> El debate en torno a la propiedad literaria se desarrolla desde luego en Inglaterra, Francia y Alemania a lo largo del s. XVIII: para unos, sería propiedad del autor como producto suyo (siguiendo a Locke); para otros, es una invención mecánica y debe ser sometida al régimen de explotación de patentes (14 años). Más tarde, se opondrá la forma que singulariza el estilo y pensamiento de alguien al bien público, que proclama Condorcet, para difundirlo y abaratarlo: cf. R. CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993, cap. 3. En España, Carlos III reglamentó, pues, una serie de disposiciones clave acerca de la concesión de privilegios para la impresión de obras (cuando dejaron de regir, dominó el sistema de limitación de la propiedad intelectual: así, en 1810, será de por vida; y una decena de años para los herederos). Sobre la «absoluta libertad en la venta de libros», de 1762, cf. la *Novísima recopilación*, título XVI, ley XXIII, p. 135.

A todo ello, que supuso un empuje notable -aunque complicado, y no sin limitaciones- al mundo de la edición<sup>25</sup>, se suma la creación inicial, en 1758, de una primera Compañía de mercaderes de libros, sociedad que se propone imprimir todo lo que España se veía obligada a importar, destacando, en principio, la grandísima cantidad de libros de liturgia que los jerónimos compraban al extranjero desde 1573, apartado en el que esos mercaderes lograrán los derechos exclusivos sólo en 1782. Pero, de hecho, en 1763 surge la definitiva *Compañía de Impresores y Libreros del Reino*, que será Real Compañía desde 1766, dado el nuevo patrocinio carolino y la presidencia del mismo Campomanes. Formada pronto por unos ochenta profesionales de diversos ámbitos de trabajo, la Compañía supera las fronteras gremiales para constituir un grupo de desarrollo de la industria nacional que tuvo muchos paralelos en el periodo ilustrado, logrando un sobresaliente aumento de las personas en Madrid -centro impresor de entonces-, dedicadas a imprimir, grabar, corregir, estampar o encuadernar<sup>26</sup>.

Los grandes editores madrileños, tanto Francisco de Mena y Pedro Marín como, desde luego, los gigantes Joaquín Ibarra (1725-1785) y Antonio de Sancha (1720-1790) fueron accionistas de esta activa sociedad. La tarea de este último fue proseguida por su hijo Gabriel Sancha (1747-1820), ya desde muy joven educado en París, donde permaneció unos veinte años estudiando, entre otras cosas, el arte de la encuadernación y actuando como agente de la industria familiar. Él fue quien prosiguió la publicación de la E.M., a poco de fallecer su padre, y llevando bien la editorial otros treinta años, hasta entregarla luego a su hijo, que mantuvo el negocio en el siglo XIX.

Si Ibarra, que hizo unas 2.500 obras (así, los *Elementos de matemática* de Bails o la bella traducción de la *Historia natural* de Buffon, llevada a cabo por Clavijo), fue un profesional de la impresión, culto, cuidadoso y codificador del idioma, o experimentador de técnicas y de materiales (en su imprenta se inventó un artificio para evitar el emborronamiento de los impresos), Sancha, también acreditado por la calidad material de sus libros (papel, cosido, encolado), fue un editor preocupado por la educación, como lo muestran sus antologías de autores clave, comentadas por bibliotecarios o sus ediciones fijadas y bien anotadas de nuestros clásicos. Todavía más, se preocupó por publicar textos relativos a la historia española, como buen impulsor práctico del proyecto de las Luces, potenciando esa *crítica histórica* que

<sup>25</sup> Este impulso editor supone una defensa de los libros provechosos, una liberalización de esa industria, una mayor independencia del Santo Oficio (así como una restricción a los argumentos de los jesuitas) y una manifestación del especial despotismo ilustrado español no idéntico a la Ilustración europea pero cercano, en el caso de Campomanes, a Federico II de Prusia: cf., para una visión sintética, C. DE CASTRO, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 251-258.

<sup>26</sup> D.M. THOMAS, *The Royal Company of Printers and Booksellers of Spain: 1763-1794*, Troy-Nueva York, Whitston, 1984, esp. caps. II y III («Constitution and conflicts», «The liturgical contract»). El contrato entre la Compañía y El Escorial, de julio de 1764, dice que «hagan imprimir dentro de España» todos los libros de Religión en la nueva Compañía. Cf., además, los trabajos citados de Rodríguez Moñino o Escolar; así como la *Novísima recopilación*, título XVII, ley I, p. 149.

entonces se originó, según dejaron ver con lucidez Dilthey, Cassirer o Meinecke en trabajos ya clásicos.

Pues bien, Sancha, que por lo demás fue centro de una tertulia de ilustrados, conocía el negocio del libro desde todos sus peldaños, dados sus humildes orígenes y su empuje personal. Empieza como encuadernador en 1751 (había sido aprendiz de este oficio) y paralelamente ejerce como librero, desde 1756: dos trabajos que suponían contacto con los negociantes extranjeros (los libros se importaban en rústica) dado que su fondo era internacional. Además de encuadernar libros para la Biblioteca Real así como para dos grandes Academias, la española y la de historia, dirigida por Campomanes, comienza tardíamente su labor editora: en 1768, con una antología de poetas castellanos en varios tomos, los primeros impresos por Ibarra.

Sancha llegará a hacer casi 600 obras: además de a los clásicos, edita al botánico Barnades y el *Tratado de siembras* de Duhamel de Monceau (1773); imprime el *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, el *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* y muchos otros trabajos del que fue ministro del Consejo de Castilla durante casi treinta años, Campomanes, así como las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes* de Antonio de Capmany o el *Catálogo de obras geográficas* de Tomás López (que imprimió habitualmente con Ibarra).

También, como otros libreros españoles, se ocupa en 1771 de la suscripción a obras extranjeras, como una *Colección de Artes y Oficios* impresa en un grandísimo centro editor como Neuchâtel. Pues es el momento en que se desarrolla la idea de buscar suscriptores: así sucedió con el *Curso de agricultura* de Rozier o el *Diario de física* de este autor. Todas estas obras antes evocadas son reflejo evidente de las inquietudes ilustradas, y una parte considerable de sus temas como editor -historia natural, geografía, oficios, artes aplicadas-, recorren la parte elegida de la *Encyclopédie méthodique*.

Ahora bien, en el transcurso del siglo XVIII, el antiguo patrocinio del libro en Europa se desplaza ya hacia el mercado; pero esta nueva mentalidad emerge muy lentamente. Y el desarrollo español, más tardío, se da en paralelo con tal actitud (el alza de la coyuntura librera francesa se produce entre 1770 y 1820). A la importante mejora de la impresión en España y a la autonomía con respecto del extranjero se une un aumento claro del público lector, eso sí avanzado el siglo XVIII; por ello la consideración, en una revisión tan significativa como *Faire de l'histoire* (1974), de que la «cassure est nette entre deux Europe du livre», la ibérica y la restante, podría ser cierta para 1763, pero en absoluto define nuestra situación posterior. Más aún, la afirmación inmediata de Chartier y Roche, según la cual «le XVIII<sup>e</sup> siècle voit la croissance des sciences et des arts, catégorie aux curiosités multiples dont le thème unifiant est le rapport de l'homme au monde naturel ou social»<sup>27</sup>, cuadra a la postre

<sup>27</sup> R. CHARTIER, D. ROCHE, «Le livre», en *Faire de l'histoire*, III. *Nouveaux objets*, París, Gallimard, 1974: estos especialistas sólo se remitían (por entonces) a un testimonio manuscrito (B.N., París), de 1763, del librero francés Boudet. Nótese que ya estaba publicado y contextualizado este documento, mucho antes, por P.J. GUINARD, «Le livre dans la Péninsule Ibérique au XVIII<sup>e</sup> siècle. Témoignage d'un libraire

bastante bien con la situación española. A finales del siglo, entre 1784 y 1785, aún con la persistencia (en retroceso), de los volúmenes de devoción, existe un avance de los libros relativos a las ciencias y artes (19%), y este último dato (no el relativo a los devotos, un 30%) tiene su correspondencia, a escala menor, con lo ocurrido en Europa, siempre que se considere la gran tarea vulgarizadora de las Luces que masivamente realizan las publicaciones periódicas, recién nacidas por entonces<sup>28</sup>.

No hay que olvidar que hubo distintos *ritmos* del movimiento ilustrado en Europa, como indicó siempre Venturi. Con sus estancamientos seguidos de bruscos avances, el proceso de modernización de Carlos III requería ir experimentando una cadena de reformas, «lentas y accidentadas», unos cambios de competencias y una creación de instituciones (ensayadas, además, por él en Nápoles), antes de encontrar «al fin una lógica propia y una específica relación interna de voluntad política y de iluminación cultural»<sup>29</sup>. Así sucedió con la reforma universitaria, en la que la presencia de las nuevas ciencias (y los nuevos libros) tuvo un papel decisivo, pero que fue realizada de forma escalonada, desde 1769 hasta 1786, y con un gran impulso anticorporativo desde 1771. Con ella se propone, según los Peset, «un intento de panorámica, de saber completo y enciclopédico, dentro de cada facultad», y a tal ecumenismo, se añaden una idea de actualización científica y una atención hacia la mentalidad ilustrada más activa: a la muerte de Carlos III, animados por sus reformas, «filósofos y médicos intentarán desde los claustros universitarios el conocimiento, la enseñanza e incluso el cultivo de una ciencia propia»<sup>30</sup>. En general, estos últimos se inclinarán hacia la ciencias nuevas, apoyados en un eclecticismo muy propio de la Ilustración y también muy acentuado en el pensamiento español, más híbrido e indefinido que en otras partes del despliegue ilustrado.

V. Las tardías *Cartas marruecas*, tan elocuentes de la nueva cultura europea y española, aparecen en el *Correo de Madrid*, unos meses después de la muerte de Carlos III. Siguiendo la forma de diversas «cartas exteriores», acotan indirectamente al tiempo las afirmaciones de Montesquieu sobre España, resituando una vez más nuestra posición. Pues España «ha vuelto a salir de la mar a últimos del siglo XVIII», donde estaba hundida, dice Cadalso; y señala sin vacilar a la física y a la «la única

---

français», *Bulletin Hispanique*, 1957, LIX, pp. 176-198. Guinard señala que las «medidas draconianas [del Consejo de Castilla] fueron, en realidad, un remedio heroico», como se percibe en la vertiginosa multiplicación de prensas en Madrid entre 1770 y 1789. Por supuesto que Chartier ha matizado mucho, luego, sus indicaciones sobre el caso español.

<sup>28</sup> Cf. L. S. GRANJEL, *La medicina española del siglo XVIII*, Salamanca, Universidad, 1979, pp. 74-76. En 1965, para el caso francés, F. FURET señalaba la inversión de proporciones entre libros devotos y libros de ciencia, «La librairie del reino de Francia en el siglo XVIII», en A. PETRUCCI (ed.), *Libros, editores y público en la Europa moderna*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 169-206 (p. 197).

<sup>29</sup> F. VENTURI, *Utopia e riforma nell'illuminismo*, Turín, Einaudi, 1970, p. 157; cf. pp. 146-147 y 165-166. Sobre el ensayo napolitano, véase el original trabajo de V. FERRONE, *I profeti dell'illuminismo*, Roma-Bari, Laterza, 1989, parte 2. III.

<sup>30</sup> M. y J.L. PESET, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, Taurus, 1974, pp. 104-116 y 226.

ciencia», la matemática, como los saberes indiscutibles en donde hay «adelanto» (XLVIII y LXXVIII), y opone frontalmente dos territorios intelectuales: el de los que hablan «de matemáticas, física moderna, historia natural, derecho de gentes, antigüedades y letras humanas, a veces con más recato que si hicieran moneda falsa», y el de la vana especulación, el de los «que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los cielos son fluidos o sólidos» (VI). Esta síntesis de una «venturosa comunicación de ideas», sería expresión de otra optimista afirmación de Jovellanos según la cual «una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre»<sup>31</sup>.

Los indicios de una notable transformación radical de la cultura española -si bien en cierto plano-, son evidentes. Y cabe situar sobre este fondo el esfuerzo truncado de la *Encyclopedia Méthodica* impresa en Madrid, esfuerzo unido de forma manifiesta al avance y autonomía de la edición como *industria* -una palabra que entonces desplaza ya su más común uso anterior como trabajo o arte mental-. Sancha lanza su prospecto en 1782, una semana después de la aparición del programa correspondiente a la *Méthodique* de Panckoucke traducido por el abogado madrileño Covarrubias («en obsequio de la literatura»): los dos textos, entregados gratis y de bella factura (mucho más grande el de Sancha), son coincidentes en la parte sustancial, la descripción del plan, pero difieren algo en las páginas liminares<sup>32</sup>. Ambos anuncios son copia, en su mayor parte, del artículo aparecido en el *Mercure de France* a finales de 1781, y ofrecen la suscripción (el segundo en casa del agente francés Thévin), a una «*Biblioteca completa* de todas las noticias humanas»: desde el principio está planteada, pues, la competencia entre dos ofertas paralelas.

En los dos planes se hace constar que, con respecto a la vieja *Encyclopédie* se han limado las críticas a la religión: el de Panckoucke lo dice en portada; el de Sancha, en el interior, reproduciendo, como también Panckoucke, las autocríticas del viejo Diderot a su *Encyclopédie* (hay siempre, dice éste, «un disparate junto a un pensamiento sublime»), al lado de alabanzas a ese magnífico monumento de las letras, artes y ciencias, ya anticuado e intraducible, pero más punzante que el nuevo. Sancha menciona que su proyecto -informado favorablemente por el naturalista Casimiro G. Ortega-, va a constar de «53 tomos en folio de materia y 7 de láminas, según vayan saliendo los de la edición francesa»; y señala que el importe se paga en Madrid (Sancha), Sevilla, Valladolid (Tomás de Santander, cuya viuda publicó, gracias a la Sociedad Económica de la ciudad, una traducción del «Arte de descubrir y hacer el carbón mineral», de la *Encyclopédie*), Valencia, Zaragoza, Barcelona, Murcia o

<sup>31</sup> JOVELLANOS, *Prosa escogida*, Madrid, N. y C., 1976, pp. 163 y 165 (Carta a un desconocido).

<sup>32</sup> Antonio DE SANCHA, *Prospecto de la Encyclopedia metódica por orden de materias, compuesta en francés por una Sociedad de Sabios, de eruditos y de artistas, y que ofrece dar al público por suscripción, traducida en castellano, y aumentada con lo relativo a España*, Madrid, [Sancha], 1782, 46 pp. José DE COVARRUBIAS, *Prospecto de la nueva Encyclopedia metódica, obra que propone en francés por suscripción Mr. Panckoucke de París, aumentada de más de treinta mil artículos, enmendada y corregida de los errores relativos a la Religión, traducido al castellano del Mercurio de Francia de ocho de diciembre de 1781*, Madrid, Imprenta Real, 1782, 199 pp.

Santiago, así como México<sup>33</sup>. Lo que revela el rápido contacto con puntos comerciales afines y la atención del editor hacia el mundo americano, como había sugerido Forner.

Tanto uno como el otro programa resaltan que se conservarán los artículos de D'Alembert y de Condorcet, quien, además, habría de presentar otros nuevos para este proyecto<sup>34</sup>. Y enumeran las materias de cada parte, en orden alfabético cada una, correspondientes a la división del *vasto laberinto* del saber. Las ciencias en expansión las encabezan: matemática y astronomía; física; medicina, anatomía y cirugía; química (la más imperfecta de la *Encyclopédie* antigua), incluyendo metalurgia y farmacia; agricultura; tres apartados de historia natural, y uno más que sirve de entrada, ya como geografía física, al de la geografía. Luego continúa con antigüedades, historia, teología y filosofía, para seguir con la lengua, el mundo del derecho y la economía teóricos o aplicados, extendiéndose mucho, finalmente, en las «artes y oficios mecánicos», antes de cerrar con un *vocabulario universal* «que sirve de tabla a toda la obra». Todo ello se corresponde con las 26 subenciclopedias, divididas en partes, que ofrece Panckoucke, en esa misma escala -de las matemáticas a las artes- más la tabla final o *dictionnaire des dictionnaires*: dadas las inquietudes del momento, da especial relevancia a los tomos de historia natural (con Daubenton y Lamarck), medicina y artes y oficios.

Panckoucke cierra la suscripción en julio de 1782 y piensa en concluir la edición en cinco años; poco después tendrá que ampliarlo hasta 1791, duplicando el número de volúmenes. Luego, la demora se prolonga más y más. El proyecto irá deformándose con los años, integrando textos muy dispares, como las *Descriptions* técnicas de la Académie des Sciences, o refundiendo los nuevos trabajos de química, y sólo llegará a cerrarse en 1832, con el tomo 166. El gigantesco plan se había triplicado entrado el siglo de las nuevas diccionarios, y carecía ya de armonía interna, desfigurándose por completo: era una obra del pasado concluida en un tiempo distinto.

En España, entre las primeras dilaciones, surgió el «affaire Masson», que produjo retrasos y suspicacias. Tras la publicación de réplicas y contrarréplicas, se ocuparán de informar sobre la *Méthodique* un grupo de intelectuales, a requerimiento del Consejo, en 1784 y 1787. Uno de ellos, Villalpando (el único del que consta su pertenencia al clero), pese a no gustarle algún contenido, alaba sin rodeos su utilidad e importancia indiscutibles, pues «honrará al siglo en que se produjo» y significará el *triunfo de la filosofía*: su informe, un cuaderno de dos centenares y medio de páginas, dictamina en 1784 que conviene publicarla «por no hacer un papel miserable en la Europa» en donde la «tolerancia religiosa tiene hoy el apoyo uniforme»<sup>35</sup>. Pese

<sup>33</sup> SANCHÁ, *op. cit.*, p. 46. El informe de Casimiro G. Ortega, del 30 de mayo de 1786, dice: «hallo que está desempeñada la traducción del prospecto en todas sus partes y que no ofrece reparo la publicación de ella»: AHN, Consejos, Impr., legajo 5546, exp. 132.

<sup>34</sup> COVARRUBIAS, *op. cit.*, pp. 14-15; SANCHÁ, *op. cit.*, p. 8.

<sup>35</sup> AHN, Estado, legajo 2992, paquete 1, Dictamen de Villalpando, § 80 y § 71. Finaliza recomendando justamente realizar «buenos estudios», para «impedir los errores» (§ 81). Llama la atención, además de la claridad expositiva y la pulcritud gráfica de sus escritos, el gran número de documentos debidos a su pluma

a todo, los volúmenes franceses habían comenzado a distribuirse; y en las series que corren por España figuran a veces en la portada: París, Panckoucke y Madrid, Thévin; algunos tienen fecha de 1782 (Anes habla de las primeras protestas en 1783), con una nota en castellano<sup>36</sup> en la que se indica la falsedad de las informaciones que sobre España se dan, sobre todo, en el tomo de *Géographie*. Aunque se hubiesen vendido en total diecisiete entregas y se admitieran nuevas suscripciones durante 1788, en el verano de ese mismo año el Santo Oficio consiguió imponer su voluntad sobre una parte del gobierno lo que no había logrado años atrás, y vetar la distribución del original francés definitivamente.

VI. La traducción tuvo, al principio, un recorrido paralelo: las noticias que la promocionaba sirvieron sin duda para alertar sobre el original francés y recíprocamente. En un órgano oficial, la *Gaceta de Madrid*, se hizo un primer anuncio de la obra de Panckoucke, el 16 de abril de 1782. Se subraya ahí el valor intrínseco de los nuevos tratados metódicos y su alejamiento de toda heterodoxia, así como que el primer suscriptor es el inquisidor general, el semilustrado F. Bertrán. Por su lado, Sancha subraya, ante todo, que el número de pliegos de la traducción «será mayor que el original francés», pues se propone añadir artículos relativos a España (una noticia sobre la E.M. aparecerá en la misma *Gaceta*, el 25 de junio de 1782). Y ello es cierto sin duda, según puede comprobarse en los tomos, *in-folio*, que aparecieron entre 1788 y 1794, tras llevar varios años traduciendo, variando y ampliando los originales.

El primero de ellos, relativo a la *Historia Natural de los Animales*, es vertido por G.M. Sanz y Chavas. Según una temprana reseña del *Memorial literario* (junio de 1788, pp. 336-339), este proyecto se vio apoyado por el Rey y todo el Consejo de Castilla, pues habían facilitado la traducción de temas militares (el jefe de escuadra Gil de Lemos había informado sobre marina) e incluso reducido la censura -que se hizo sólo en cuatro limitados días y por seis calificadores muy escogidos-; recomendando que, gracias al «favor y patrocinio» de los ministros, «se execute con la mayor perfección un designio tan laudable». En ocho páginas de entrada, aparece la lista de suscriptores: son 335 (a los que se añadirán pronto otros 47), de los cuales la cuarta parte son eclesiásticos (muchos son canónigos; y figuran, además, los inquisidores de Cuenca, Sevilla y Córdoba). Hay también bastantes «vecinos» de ciudades americanas (cincuenta abonados son de las colonias), de Lisboa, y, desde luego ciudadanos

---

que se conservan (fue autor de una *Philosophia* renovada que tuvo problemas con la Inquisición en 1780), lo que revela la protección de Floridablanca. Cfr. el detallado análisis de G. ANES, «La *Encyclopédie Méthodique* en España», pp. 121-132, que nos ha conducido a examinar tal documento.

<sup>36</sup> *Encyclopédie Méthodique, Géographie moderne*, París / Madrid, 1782 (las entregas de este tomo se hicieron en enero de 1783). El aviso dice: «con noticia que tuvo el Rey nuestro Señor de que en esta obra de la *Encyclopedia méthodica* impresa en Francés, y particularmente en la segunda parte del tomo primero de la Geografía se contenía especies falsas e injurias a España, mandó S.M. examinarla»; y declarar expresamente «ser falsas por la mayor parte, en la sustancia o en el modo, las especies que en esta misma obra tratan de España, de su gobierno y costumbres de sus naturales, y aun de su historia literaria, comercio y artes».

particulares, como el citado Tomás de Santander, tesorero de la Universidad de Valladolid. Por lo demás, están representadas las Academias Española y de la Historia, la Militar de Barcelona, diversos colegios mayores (así de Valladolid o de Alcalá), y un buen número de bibliotecas (Madrid, Barcelona, Sevilla, Toledo, Segovia, Huesca, Valladolid, Lima o México).

En la advertencia que Sancha sitúa a continuación, reconoce el apoyo de Carlos III y de sus ministros, señalando los «muchos aumentos» del original y la ayuda de «traductores voluntarios». Con todo, indica que el número de los suscriptores de la edición francesa de París es mucho mayor (la primera enviada a París, sin embargo, era de 330 abonados). Además, en 1782, para justificar que la española fuese un 20% más cara que la otra, decía Sancha que el coste del papel, de los materiales y de los propios jornales era mayor en España que en el resto de Europa. Nótese que con todas las redes de Panckoucke (fabriles en Suiza, Bélgica, Holanda; muy densas comercialmente en Italia, Alemania, Inglaterra o Austria y alcanzando a Polonia, Suecia, Rusia, España -con escaso contacto- y Turquía), sólo había logrado 5.000 suscripciones tras grandes esfuerzos. Una cantidad considerable, no obstante, si se tiene en cuenta que ya se habían vendido 25.000 ejemplares de las distintas tiradas de la *Encyclopédie*, pero que estaba muy por debajo de los cálculos del editor francés. Pero, dados ya los primeros ejemplares, la edición francesa se demoraba al tiempo que modificaba tanto sus condiciones económicas como su estructura. En fin, Sancha advierte que la traducción española se ha hecho de inmediato, aunque la edición francesa vaya retrasada, y que entregará los tomos no de dos en dos, como prometió, sino según se vayan imprimiendo.

Este primer volumen se abre con la introducción de Daubenton (de la *Académie des Sciences*, como tantos redactores), quien cita la descripción de América de Antonio de Ulloa (p. XXX; al igual que en la edición francesa, p. XXXIII), para empezar ya con la parte enciclopédica: los cuadrúpedos (pp. 1-297) y primera parte de las aves (pp. 3-395, con otro prólogo del traductor). En toda la edición española -aquí, como en otros volúmenes- se indican con distintos signos si se ha añadido algún concepto nuevo o se han ampliado las informaciones: algo indispensable, sobre todo en los otros tomos, mucho más acrecidos que éste. Pero aquí son notables también las nuevas entradas y, especialmente, los aumentos, algunos de hasta dos páginas, destacando los de animales americano: así, coyote, llama (en la que se inserta un trozo de la *Historia natural* de Acosta), puma, tapir o vicuña. También en 1788, aparece la *Historia Natural de las Aves*, traducida por J. Mallent (hay 47 suscriptores más, y son enumerados en el tomo), que completa la descripción de las aves y que, además, adjunta el catálogo de reptiles (pp. 4-629).

A estas dos entregas, tan características del interés de entonces, se añade otra asimismo significativa: el *Diccionario de Gramática y Literatura*, con versión del escolapio L. Mínguez de San Fernando (1745-1808), aunque es un trabajo inconcluso, pues corresponde sólo a un primer tomo. Según las seis densas páginas del traductor, este «ramo de Buenas Letras» es «absolutamente necesario» para un *Plan de educación nacional*: se trata -dice con lenguaje condillaciano-, de «definir con

exactitud, intuir con método» (cita del *Diccionario de literatura* del conservador Sabatier de Castres, con quien polemizará Condorcet en 1774). Además, inserta artículos de grandes hombres que sobresalen en las letras, aumenta el texto francés con voces propias de nuestra literatura y lleva a cabo la «tarea difícil» de sustituir los ejemplos dados por otros en castellano. Por añadidura, intercala artículos con palabras sinónimas españolas, dada la carencia de obras de consulta («sólo tenemos un *Ensayo de los sinónimos*, de 1757»). El castellano pretende alzarse como *lengua de la ciencia*, como artificio uniformador del saber en el siglo XVIII, según ha resaltado J.L. Peset, por lo que resurge un ímpetu de redefinición y depuración de ese instrumento: las normativas, centrales en todos los terrenos de la expresión, se plasman especialmente en el terreno de la lengua, en cuyo análisis se volcó la Real Academia desde su fundación en 1714. Y si bien es cierto que el *Diccionario de autoridades*, de 1726-1739, parte todavía de modelos del siglo anterior, en cambio el *Diccionario usual*, de 1780 es de índole más viva; pero no sólo porque circule en un volumen sino por su confección atenta al presente. Más aún los censores reales, de hecho, intervienen como ejecutores de la uniformidad y de la pureza del estilo propios de un neoclasicismo difundido por los gobernantes desde las academias.

El ideal taxonómico desarrollado por doquier en las ciencias setecentistas se refleja doblemente -en el lenguaje y en los repertorios naturales- en estos tres suministros iniciales. Ahora bien, poco después de la muerte de Sancha a finales de 1790, su hijo se encarga de relanzar el proyecto sin dificultad. Los tomos estaban preparados antes de esa fecha; pues consta que fueron aprobados previamente por los censores: después, de julio de 1790 no hay mención de la E.M. entre los calificadores, según comprobó Defourneaux. Aparecen, en los dos años siguientes, seis tomos más de características algo neutras, si bien es cierto que incluyen los temas geográficos.

En 1791, sale al fin el *Arte militar*, traducido y aumentado por L. Castañón, teniente coronel de infantería, t.I y otro de *Artes académicas*, a cargo de B. de Irurzun y G. Sáenz. Un año después, aparecen tres tomos de *Geografía moderna*, traducidos por J. Arribas Soria (quien había vertido unos sermones del obispo de Nîmes, en 1774) y J. de Velasco, que se suman al t. II del *Arte militar*. Resulta llamativo que el traductor militar -profesión en la que, desde luego, prendió el brote ilustrado-, empiece señalando que «por más que el espíritu filosófico declame contra la guerra, jamás conseguirá desterrar este horrible azote», desplegando un buen número de citas sobre las armas de Aristóteles, Tácito, Salustio, Cicerón. Por lo demás, resalta enseguida la abundancia de entradas nuevas: sólo entre «Abad» y «Alcántara» hay 100 voces incorporadas (que atañen, p. ej., a la toponimia o a las medidas agrarias). Y lo propio sucede con el tomo de artes de equitación, esgrima, etc.: «hay una infinidad de voces nuevas», se dice en el prólogo; y ya en la primera página aparecen, efectivamente, 16 entradas insertadas por el traductor, en un total de 23.

Asimismo, las pocas palabras iniciales del primer tomo geográfico (en donde se reconoce, pensando desde el imperio matemático, que en la geografía no se consigue «la exactitud que logran otras ciencias»), subrayan que se han añadido «innumerables» artículos de España y América. El interés por la renovación en esta

rama fue una característica de esos años. Aún en 1775, afirmaba Tomás López, al inicio de sus *Principios geográficos*, que «el uso y manejo de los mapas, parte principal de la Geografía, es casi peregrino entre nosotros»; pero las necesidades cartográficas eran evidentes para la política reformista en marcha: reordenaciones administrativas y territoriales, implantación del catastro, renovación de las comunicaciones (política de caminos y canales). Y esta figura del setecientos, que había estudiado en París (1752-1760) y grababa sus propios mapas, incluía ahí un tratado de la esfera -«la geografía es una ciencia Físico-Matemática», afirma en contraste con el citado traductor-, y se preocupa por cuestiones de método también en 1783; aunque López, erudito y ecléctico, no hiciera las observaciones astronómicas necesarias<sup>37</sup>. Merece recordar, como índice de un inquietud general, que apareció, en torno a 1796 y auspiciado por la Academia de la Historia, un *Diccionario de voces españolas geográficas*, trabajo que se remontaba a 1791 y que, según las *Memorias* de esta institución, trataba de «fijar y enriquecer» con *exactitud* esta gama del lenguaje: fue la primera pieza del proyecto de Campomanes de realizar un Diccionario geográfico e histórico de España<sup>38</sup>.

Concluamos ya con el contenido de la *Encyclopedia*. A lo dicho ha de añadirse, en 1794, además de la amplia *Colección de Estampas* (con las ilustraciones compradas a los franceses, y que corresponden tan sólo al apartado de tejidos), los dos tomos de *Fábricas, Artes y Oficios*, ambos relativos únicamente ambién a la industria textil, en versión de Antonio Carbonell y Borja, que fue Bibliotecario y Anticuario del Seminario de Nobles de Madrid -institución puesta al día en las nuevas materias-, y de los Reales Estudios de San Isidro: este traductor del griego y especialista en numismática, publicará dos libros sobre antigüedades en 1804 y 1808. Carbonell había sido nombrado censor de esta misma parte de la versión francesa, en 1784, y, tres años después, para informar sobre un tomo de la *Gramática*. En definitiva, a pesar a su interrupción brusca, la E.M. de que se dispuso en esos años no dejó de ser un trabajo de envergadura. Por lo demás, la crisis definitiva de ese modelo enciclopédico se hace evidente a finales del siglo XVIII en Europa y ello hubo de repercutir en la finalización del proyecto, añadiéndose a las dificultades internas.

---

<sup>37</sup> Véase H. CAPEL, *Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Oikos-tau, 1982, esp. pp. 131-132, 136, 174-180. Las ideas de López revelan el eco de las exactas triangulaciones de Jorge Juan y otros: A. LAFUENTE, J.L. PESET, «El conocimiento y el dominio de la naturaleza», en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España XXXI.1. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 349-394. (pp. 378-379). Estos autores destacan lo significativo del uso enciclopédico de metáforas extraídas de la geografía, disciplina «que se encuentra a caballo entre la descriptiva y la científica», como modelo del saber que se quiere transmitir con esta recopilación (cf. «Método, educación y felicidad pública»).

<sup>38</sup> Hay edición facsímil reciente de este texto (Madrid, Aguilar, 1990). Sobre el interés del estadista, que también ayudó a Bails, cf. C. DE CASTRO, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, pp. 427-430. Las relaciones que buscó López con los gobernantes, para sus distintas publicaciones, desde 1757 hasta 1798, se especifican en CAPEL, *Geografía y matemáticas*, pp. 156-157.

VII. Al evidente empeño centralizador del momento -y a la correlativa unificación del lenguaje-, se une la conocida elección de grandes hombres en puestos clave del gobierno y de la acción cultural. Desde luego que, en esa época, no estaban muy definidos aún los distintos terrenos de competencia científica, y ello se hace más evidente en el caso español; en particular, en la preparación de la E.M., donde se recurre al «aficionado», con su dedicación plural, enciclopédica, a los trabajos eruditos. Sus contemporáneos franceses habían logrado cierta especialización (a veces notable ya), en un momento como el de finales del siglo XVIII en que la «maquinaria ilustrada» se pone en movimiento, con un estilo distinto al que había predominado hacia 1760.

La *Encyclopedie* refleja esta situación, incluso en las censuras iniciales de los textos, que, por supuesto, también habían tenido lugar en Francia. Y es que el oficio ocasional de censor, no retribuido, suponía un homenaje al autor encargado de esa función. Ya el ministro Campomanes se había esmerado en elegir a ilustrados de relieve<sup>39</sup> como lectores de la *Méthodique*: entre ellos se cuentan, en 1784, Capmany (también de la *Gramática*), Clavijo (*Historia natural*), el erudito e historiador Juan Antonio Pellicer (*Historia*) o el mismo Jovellanos (*Economía*). Pues bien, otros dos traductores de la E.M., figuras hoy olvidadas, participaron en este grupo selecto de lectores de las entregas de Panckoucke: B. de Irurzun (*Artes académicos*, cuya versión castellana dio luego) y J. Arribas Soria (*Gramática*, de nuevo, y *Geografía*), quien informó en contra de la parte geográfica -aunque la traducirá para la E.M., apareciendo en tres densos volúmenes-, pero cuyo texto deja percibir, sobre todo, la indignación ante el contenido del artículo «Espagne». El estudio minucioso de todas las entradas geográficas mostraría si hizo alguna alteración sustancial, que no es de presumir.

Es cierto que el artículo «España» está modificado, pues lleva una larga adición (pp. 100-105) en la que abiertamente se critica a Masson y se cita, además, la defensa española de Carlo Denina en la Academia de Berlín, en 1786. Puede leerse, por ejemplo: «nada se opone tanto a los progresos de las ciencias, y a la exactitud que debe reynar en la crítica, como la ridícula manía de dar margen a las pasiones». Pero, en la edición original que circulaba en España, el artículo entero firmado por Masson se conservaba en su integridad (pp. 554-568), con la ironía final: «la philosophie a pénétré enfin dans le royaume, et a déjà détruit une foule de préjugés» (p. 566). Todo ello tiene un relieve relativo, pese a su resonancia, entonces, y a su utilización -o manipulación- ulterior.

En todo caso, el problema de la interrupción de la venta de la *Méthodique*, pese a la salida posterior de los tomos en castellano, debe verse en paralelo al corte de la empresa traductora de Sancha: sólo se publicaron los volúmenes ya preparados (pagados parcialmente), y salió un quinto de lo previsto al principio. Ambos proyectos pudieron quebrarse por muchas más causas de las que se han comentado

<sup>39</sup> Cf. ANES, «La *Encyclopédie Méthodique* en España», pp. 134-136. Pero las conclusiones de su trabajo posiblemente se hubiesen visto afectadas si hubiera dispuesto ya de los estudios fundamentales sobre Panckoucke.

habitualmente. La muerte de Carlos III, en 1788, seguida a los dos años por la desaparición de Sancha, así como el comienzo de la Revolución Francesa y el desconcierto que se fue originando con sus primeras manifestaciones, nos sitúan en los años críticos del proyecto, que aciagamente están en el umbral del oscurecimiento de la situación política española: y europea también, en fin de cuentas. Pesaron asimismo la desfiguración del mismo proyecto de Panckoucke y sus decisiones políticas -su acercamiento a los revolucionarios moderados-, y empresariales, que se situaban de pronto en otra correlación de fuerzas, dados los márgenes más restringidos de su actividad en la década de los noventa y su pérdida de mil clientes con las emigraciones. No disponemos, por lo demás, datos fidedignos aún sobre las relaciones comerciales con España (su protesta, según Anes, sobre la publicación española es ya muy tardía, 1798), y las posiciones son encontradas: para Tucoo-Chala la traducción es un nuevo giro en los negocios del editor francés; François Lopez afirma, en cambio, que Sancha no pagó nada.

Pero no parece pertinente tratar esta traducción, sin más, como un apéndice desdeñable del enturbiamiento español desde el comienzo del reinado de Carlos IV. Sucede que, cuando se censuraron nueve tomos del original en 1788, no se encontraron doctrinas contrarias a los dogmas (sí quejas y burlas ante las prácticas inquisitoriales). Por supuesto que el plan de Sancha era más controlable que el francés y que él hace alarde de su sumisión a la religión<sup>40</sup>, no muy forzada en los intelectuales españoles, aunque al mismo tiempo habla del interés económico de la nación: y del suyo, sin duda. Pero, además, no hay que olvidar que ya Sancha, mucho antes, había gestionado permiso para traducir la *Encyclopédie* de Diderot (al parecer con éxito), y que, luego, solicitó autorización para el segundo proyecto puesto que en Europa se empezaba a reconocer al nuevo plan metódico como la culminación y la puesta al día del enciclopedia. Habría que analizar cómo se dieron las situaciones comerciales específicas: Sancha, de antemano, perdía dinero con este trabajo; de ahí su afán por evitar competidores. Por añadidura, en ese mismo año, Malesherbes, defensor de la empresa del libro en Francia -cuya trayectoria muestra las dificultades de la libre expresión en su país-, dice paralelamente que «el interés del comercio no permitía dejar que se enriquecieran a diario los librereros extranjeros... en perjuicio de los franceses», mientras el debate sobre la propiedad literaria se acentuaba, por entonces, en París<sup>41</sup>.

<sup>40</sup> Sancha, al pedir licencia para imprimir los dos tomos de la E.M. (le fue concedido en julio de 1786) dice: «uno de los mayores servicios que se le pueden hacer a esta nación, es uno de ellos el de darle traducido a el español el gran Diccionario encyclopédico. Se logrará que no entren en España multitud de libros en francés... causando perjuicio a la religión, costumbres, y extrayendo del reyno sumas de dinero, en perjuicio de los intereses de la nación». AHN, Consejos, Impr., legajo 5546, exp. 132. Por lo demás, todavía en junio de 1805, su hijo Gabriel, escribe que se le manda acreditar que la traducción de la E.M. de su casa editorial «no está prohibida ni suspensa» (AHN, Inquisición, legajo 4450, exp. 26). No olvidamos, desde luego, las prohibiciones de libros bajo Carlos IV, desde 1791: *Novísima recopilación*, título XVIII, leyes XI-XVI, pp. 158-162; y las tablas finales de M. DEFURNEAUX, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973.

<sup>41</sup> R. CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1995,

En suma, parece haber un conflicto de negocios, por encima de otro tipo de problemas, si se consideran ciertos datos fundamentales sobre Panckoucke y su obra, hoy bien conocidos gracias a Darnton. Siendo más financiero que editor, éste se especializa en el aspecto especulativo de la edición, y aunque promotor de las luces, tiene un espíritu tan *commercial* como *philosophique*, de forma tal que al ver que su obra cobra unas proporciones incontrolables, casi monstruosas, manipula las entregas, disminuye los cuadernillos, ofrece nuevas suscripciones. Panckoucke mismo -en 1781, sólo tiene 45 años- hace de *philosophe* en algún artículo general, pero su tono es un tanto plano y muy moderado («sus ideas religiosas están formadas por una mezcla de las nociones que le han sido inculcadas por sus familiares jansenistas y sus amigos los *philosophes*, notablemente por Buffon», dice Darnton<sup>42</sup>), lo cual se contradice con la idea de que hubo una «conjura» española contra las ideas disolventes, que eran escasas en este diccionario universal más bien aséptico. Por otro lado, Panckoucke desarrolla el aspecto de verificación científica propia de las Luces, pero deja de lado el mordiente irónico, crítico del oscurantismo, propio del plan diderotiano: por contraste con éste, aísla cada entrada, de modo tal que impide los cortocircuitos irónicos del enciclopedismo diderotiano.

Hay otros datos que permiten comprenderlo. Sus colaboradores se caracterizaron por su notoriedad (la obra tiene dos veces más académicos que la de Diderot): son profesores, especialistas, funcionarios; no son ya sabios aficionados y se ven pagados, en su mayoría, como servidores del estado (la nobleza se reduce en un tercio, en esta obra), lo cual exige una menor independencia. Quizá por todo ello no logre la *Méthodique* tanto interés como su antecesora, y sea, desde su arranque, una obra sin gracia en comparación con la primera. Finalmente, no hay que olvidar que Panckoucke dedica un diccionario a la mayoría de los ministros de Luis XVI y tiene que someter cada tomo a la censura: de hecho, los setenta y tres autores son ellos mismos censores, añade Darnton: «lejos de amenazar el orden establecido, la *Encyclopédie méthodique* sale con el sello de aprobación, como una publicación oficial»<sup>43</sup>. Y estos últimos aspectos, como se adelantaba, tienen un aire de familia con lo ocurrido en España.

En un momento singular de condensación de saberes, de perfilamiento claro del proyecto ilustrador, cultural y políticamente, Sancha y Panckoucke aparecen no sólo como industriales sino también como *hombres del poder*. Su esfuerzo enciclopédico ocurrió en una década notable: correspondía a un tiempo que estaba finalizando. Y justamente entonces es cuando coincidieron en el plan metódico: el español siguió la guía del francés; pero era un editor autónomo, pujante y con buena mirada,

---

p. 64, en su «Mémoire sur la liberté de presse». Cf. todo el capítulo III: un 40% de la gente de Librería en Francia sufrió prisión de Estado, entre 1750 y 1779.

<sup>42</sup> DARNTON, *L'aventure*, pp. 436, 478, 452-453.

<sup>43</sup> DARNTON, *op. cit.*, pp. 461-476, 484-485. El termidoriano Panckoucke «a courtisé les personnages les plus puissants du royaume; comment ne pas en déduire qu'il était lui même l'un des piliers de la structure du pouvoir pré-révolutionnaire?», p. 535. Según una fórmula de D. Roche, Panckoucke sería el «ciudadano Kane de las Luces» («¿Hacen la revolución los libros?», *Historia 16*, 53, 1980 pp. 70-76).

y participó de un claro ímpetu renovador, como sucedió en tantas otras cosas de nuestra política borbónica. La polémica desgraciada y excesiva con Masson -España «ha sido útil para Europa y lo es en día más que nunca», se dice en el tomo II (p.104) de la *Geografía* traducida, como réplica al «qu'a-t-elle fait pour l'Europe?», afectó a ambos proyectos negativamente, retrayendo otras suscripciones. Pero esa polémica, de tintes retóricos también, no deja de evocarnos incluso las «batallas de libros» de los siglos XVI y, sobre todo, XVII (de hecho, Quevedo creó argumentos filohispánicos en esta vieja querrela entre naciones), por lo que no cabe entender la disputa como una excusa para cerrarse al exterior. Fue una controversia tan ambivalente que facilitó el acuerdo con los sectores innovadores, como de hecho vino a ocurrir.

Todo ello, guardando las necesarias proporciones, nos lleva a pensar que los problemas entre ambas ediciones deben situarse, ante todo, en la competencia editorial, máxime cuando la economía española ilustrada, dirigida por Campomanes, tendió a una liberalización interior seguida de una fuerte proteccionismo frente al exterior (base de la discusión paralela en Francia sobre el mercado y la producción de libros). Es evidente, por añadidura, que la crisis de 1789 y sus efectos, tanto en Francia como en España, señalan una frontera entre dos modos de hacer en el mundo intelectual, más allá del «miedo a la Revolución», por lo demás innegable. Este gran proyecto enciclopédico, resumen de las Luces, va a adquirir enseguida, en las ediciones globales europeas que irán surgiendo en el siglo XIX, un tinte a la vez más nacionalista y más «positivista». El quiebro cultural que se adivina en esos últimos años tiene un peso decisivo en la *economía intelectual*, si bien en el caso español los avatares políticos darán un golpe determinante a la renovación de las mentes y a la incorporación a las nuevas corrientes científicas que ya se habían iniciado.

VIII. Vayamos más allá de esta «colisión» empresarial particular, recorriendo una gama temática -metódica- de la *Encyclopedia*: la industrial. Las medidas que se tomaron en España sobre la industria, rompiendo en lo posible con los gremios bajo Carlos III (claramente, en 1777), fueron en verdad generales, y correlativas a la apuntada antes sobre la industria del libro<sup>44</sup>. Fábricas reales de tejidos de lana, tapices, sedas, medias, cristal y espejos, papel, porcelanas y cerámica o espadas se extendieron por España, siendo alguna industria de paños de las mayores de Europa. Muchos de estos focos de desarrollo se reflejan en la traducción de la E.M. debida a Carbonell. Los tomos de *Fábricas, Artes y Oficios*, muy amplios (598 y 628 pp.) y retocados por éste, traducen los de *Arts et métiers mécaniques*, que consta de apartados sistemáticos sobre las *fabriques* de productos correspondientes a cada entrada: en el apartado fábrica o manufactura se señala que siempre en España se ha utilizado la primera de las voces para traducir sendas palabras francesas, si bien se admite que *manufactura* adquiere ya «algún uso» por entonces.

<sup>44</sup> Véase el resumen de los grandes avances técnicos españoles en este campo: C. CLAIR, *A History of European Printing*, Londres, Academic Press, 1976, pp. 331-334 («it was not by chance that the amelioration in Spanish printing took place during the reign of Carlos III»).

Pues bien, estas *Fábricas* se abren con un aviso en el que se va a dar una «masa de los conocimientos humanos no menos esencial, si no tan brillantes, que las ciencias más sublimes... y seguramente la más útil». Se señala que las ciencias mecánicas, por comunes y ordinarias, «conservan la lengua vulgar de sus mecánicos padres», mientras que las ciencias sublimes tienen un vocabulario derivado del griego y del latín. A esta dificultad se añade otra, que ha motivado la tardanza de la traducción (el tomo correspondiente a la edición Panckoucke-Madrid es de 1782): la «escasez de noticias en lo tocante a nuestras fábricas nacionales de tejidos», pese a haberse recurrido a varios centros (contestó sólo, al principio, Guadalajara dando «razón individual de preparativos, maniobras y tejido de las telas»). Por otro lado, dicen, los «usos y caprichos de las Naciones son tan diversos como sus costumbres, clima y necesidades», de ahí que haya habido que introducir artículos nuevos, desconocidos en Francia, como alpargatero, estereros diversos, etc. Finalmente, se resaltan los dos fines de esta traducción: «facilitar las artes» y «perfeccionar ciertas ramas de industria en nuestra península, a la par que la beneficencia e ilustración del Gobierno les anima, protege y honra».

Un sobrevuelo por los añadidos de la edición de Sancha puede ser más útil que cualquier comentario general. Se habla aquí, en la E.M., de las manufacturas de alfombras de Madrid, así como de sus fábricas de algodón. Al tratar el blanqueo de telas, extractan una memoria de Pedro Gutiérrez Bueno, catedrático de química del Real Laboratorio de Madrid (pp. 12-13). Se anota el papel del arte de bordadores de Madrid (y en particular de los bordados de lencería) y se describe el cultivo del cáñamo en España, considerando por separado los casos de Valencia y Granada, o de los cinteros o artes menores (pp. 86-89 y 135-138). Tras señalar que la entrada *comercio* «merecería un buen lugar en la E.M.», se dan las ordenanzas de los cordoneros y de los esparteros y estereros de Madrid (éstos, en pp. 235-238), así como sobre el esparto en Valencia y Cartagena. Se extienden ampliamente por el ganado lanar (pp. 245-331), en particular, por las castas y el régimen del ganado español (en comparación con muy diversos países europeos), añadiendo noticias de la Mesta sacadas del *Viaje por España* (1772-1794) de Ponz, e incluyéndose la Real Cédula, al respecto, del 15 de junio de 1788.

Tampoco olvida la edición castellana las fábricas de gasas de Madrid. Hace una descripción de los lenceros de la capital; y también relaciona minuciosamente las fábricas de lienzo y telas de cáñamo o lino en España (otro gran artículo, pp. 407-480), indicando asimismo con amplitud en qué regiones españolas se cosecha el lino y en dónde se tejen medias (pp. 508-588). Ya en el tomo II, destaca sobremanera la gigantesca sección de fábricas de paños (pp. 191-407), donde se hace algún inciso sobre Madrid y Segovia (únicos centros de paño fino), y se extiende la E.M. por los avances de, por ejemplo, Valencia, Tarrasa o Guadalajara (pp. 403-407). Por lo demás, se recogen nuevas ordenanzas madrileñas (pasamanería, sastrería) y se ofrecen notas extensas sobre usos de la seda y lugares donde se transforma, dentro del largo capítulo de cien páginas que cierra el informe enciclopédico. Si bien los añadidos son incompletos, poco sistemáticos y desiguales en densidad -a veces sólo

se imprime una ordenanza, otras se hace una larga relación de los progresos fabriles- puede decirse que señalan muchos de los hitos en una rama de la industria que había experimentado grandes adelantos en esos años<sup>45</sup>.

Todo ello viene a subrayar una actividad industrial bien conocida, aunque las perspectivas de la E.M. podrían sugerir nuevos elementos de juicio, ejemplificando la situación española del momento. Domínguez Ortiz<sup>46</sup>, al glosar el tópico ilustrado de la *defensa de las artes mecánicas*, escribía que la real cédula del 18 de marzo de 1783, en alabanza de las artes y los oficios, había sido preparada o impulsada por muy diversos textos: Bruna (*Reflexiones sobre las artes mecánicas*), Capmany (*Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales*), Arteta (*Disertación sobre el aprecio y estimación que se deben hacer de las artes prácticas y de los que las ejercen*), Pérez López (*Discurso sobre la honra y deshonor legal*). En esta línea se hallan los citados Discursos de Campomanes, que tanto estimularon a las Sociedades Económicas. No olvidemos que del *Discurso sobre el fomento de la industria popular* se lanzaron 25.000 ejemplares, difundiéndose en América y Filipinas (se reeditó en Manila), y fue traducido al portugués y al alemán en 1778 y, poco después, en Holanda y en Italia, en donde se hizo famoso<sup>47</sup>. El sobresaliente ministro de Carlos III había evolucionado desde su interés prioritario por la historia y el derecho «hasta una preocupación predominante por los asuntos económicos, coincidiendo así con la tendencia del desenvolvimiento europeo del setecientos», concentrándose, pues, en la economía política como *ciencia del gobierno*<sup>48</sup>. Y, desde luego, las noticias abundantes de la E.M. -aunque desproporcionadas y necesitadas de una valoración, para calibrar su relativa novedad- pretenden, con sus cotejos, estimular el desarrollo de esta rama fundamental de la industria.

En cualquier caso, el encabalgamiento de estas claves materiales sobre las informaciones de una enciclopedia francesa tan importante como la de Panckoucke resulta significativo de una voluntad de fomentar la aplicación, de mejorar las fábricas, como decían los ilustrados. Es evidente que este parcial giro «economicista» tuvo su traducción práctica en las actividades de las Sociedades Económicas -muchas de ellas elogiadas pioneramente por Sempere (V, 135)-: escuelas de oficios e

<sup>45</sup> Cf., p. ej., HERR, *op. cit.*, cap. V (mapa III), y ANES, *El Antiguo Régimen: los Borbones*, pp. 195-220.

<sup>46</sup> A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 486. La eficacia de la cédula, acota el autor, fue limitada. Véase, específicamente ya, el libro de J. LÓPEZ LINAGE, *Agricultores, botánicos y manufactureros en el siglo XVIII. Los sueños de la Ilustración española*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1989, cap. I.

<sup>47</sup> V. LLOMBART, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 238-251. Para A. PAGDEN («The Reception of the 'New Philosophy' in Eighteenth-century Spain», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 51, 1988, pp. 126-140), la única revolución científica en la que España realmente llegó a decollar fue en la de la economía política, gracias a Campomanes o a Jovellanos: p. 139. No olvidemos, dado el tomo que hemos destacado de la E.M., que fue autor de un *Discurso sobre las Fábricas*.

<sup>48</sup> LLOMBART, *op. cit.*, p. 236. Cf. HERR, *op. cit.*, p. 48: «para los entusiastas, la economía era ya el árbitro irrecusable de las relaciones sociales y de la justicia, que habría de actuar más tarde en los estados industriales del siglo XIX».

introducción profesional. Pero a este encuadramiento elemental de la divulgación se le pueden unir enseñanzas especiales, con la publicación de Memorias sobre temas prácticos (Vascongadas, Madrid, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Segovia y Palma), e incluso cierto estudio de economía política, que se impulsó desde Zaragoza<sup>49</sup>. En ellas, además, se hacen estudios de ciencias naturales (especialmente, de botánica), del mismo modo que se divulgan desde ciertas Academias la nueva matemática o ciertas experiencias de la física que se habían ido conociendo ya por libros importados o por traducciones: de la electricidad de Nollet (muy difundida en España, junto con el newtoniano Musschenbroek), de los trabajos de Buffon y Linneo, de la historia relativa a los progresos en las ciencias exactas de Savérien, de libros divulgativos, como *Le spectacle de la nature* de Pluche o los citados al hablar de los grandes editores: a estos últimos, habrá que añadir, desde ahora, la *Encyclopedia* de Sancha.

Los conocimientos prácticos tendieron a fundirse entonces con los teóricos, y los impresos tuvieron su parte en ello: la escasez de lectores en España supone sólo que una valoración del eco del libro ha de utilizar otras escalas que en otros países. En un plano superior, la *Librería pública* -base de la Biblioteca Nacional, cuya cédula de fundación se remonta a 1716 y que Felipe V inició cuatro años antes-, sólo con Carlos III se pone de verdad en marcha desde 1761<sup>50</sup>. Las acciones son bien precisas: cumplimiento de las leyes de depósito de nuevos libros, creación de ordenanzas y de puestos de bibliotecarios, aumento progresivo de la contribución real, y una reforma interior de los fondos que fue realizada por Jovellanos, justamente en 1788. Se trata sin duda de fomentar el estudio y los conocimientos literarios y científicos: el influjo de las bibliotecas, muy limitado en España, sin embargo es expresión de una orientación política, cuyos ecos no pueden ser *cuantificados* sin más en la historia de una cultura. Pues los mecanismos de difusión y los efectos de una actitud organizativa y divulgadora manifiesta fueron indirectos, penetraron en la opinión de una forma oblicua, de modo que su calado sólo puede «medirse», en ocasiones, por un cambio de atmósfera en el siglo XVIII: ese aire «científico» que sin duda es perceptible en la

<sup>49</sup> R. CARANDE, «El despotismo ilustrado de los ‘amigos del país’», *Siete estudios de historia de España*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 143-181. En general, SARRAILH, *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, caps. IV y V. En su libro de consulta, J.L. ALBORG revisaba algunos de los temas nimios que se trataban: «recomiendan, p. ej., el modo de bautizar a los recién nacidos sin necesidad de desnudarlos por completo; aconsejan normas para distribuir la habitación de modo más racional y construir ‘lugares comunes’ en forma más higiénica; enseñan nuevos productos y procedimientos para el abono de las tierras, el ahumado de la pesca, el perfeccionamiento de la metalurgia, la difusión de nuevos cultivos... y se recomendó especialmente que se enseñara a los niños el castellano..., vehículo indispensable para la mejor comunicación nacional»: *Historia de la literatura española III. Siglo XVIII*, Madrid, Gredos, 1972, 1985, p. 83 (no habla de la E.M., aunque sí del «affaire Masson», pp. 686-695).

<sup>50</sup> En la certificación en 1762 de la correspondiente Real Orden (resuelta en 1761), se anuncia que de todas las obras, libros, papeles y escritos que se impriman o reimpriman ha de entregarse un ejemplar a la Real Biblioteca («sin ello no se puede vender el libro»), de acuerdo con lo mandado ya en 1716, pero no llevado bien a la práctica. Además, todos los «tasadores de librerías» tienen que informar al Bibliotecario Mayor para que éste decida, en quince días, si conviene comprar algo para la Librería Real (BN, VE/1260-35). Jovellanos aspira a «una licencia para que mi librería pública posea toda especie de libros prohibidos»: *Prosa*, p. 162.

nueva opinión, más allá de otras manifestaciones evidentes en las gentes de letras de nuestro país.

El bibliófilo Campomanes, además de su gusto por los diccionarios temáticos de física y de agricultura -o por las Enciclopedias-, mostró interés por la ciencia, especialmente por la astronomía, la física experimental, la química o la botánica<sup>51</sup>. Y la enseñanza de la nueva ciencia fue un hecho crucial. Por cierto que, entre los tomos de la *Encyclopédie méthodique* que circularon por España, además de los traducidos como E.M., se hallaban algunos de *Historia y Jurisprudencia*, de *Finanzas y Comercio* (asunto, claro es, muy ilustrado); y también, en 1784, 1785, 1789, los tres tomos relativos a la *Matemática*, cuidados por Condorcet y Lalande (que incluye la entrada «diferencial»)<sup>52</sup>, una materia que se incorporó con dificultades en nuestra enseñanza superior, a finales de siglo, y que se ha tomado a veces como índice de modernización. Pues bien, la difusión de los tomos de matemáticas, en francés, entre los suscriptores es una fuente de la bibliografía matemática española -no estudiada, pero sin duda importante-, que habría que añadir a los libros importados o al trabajo de creación de nuevos manuales, en los que se daba noticia inmediata de la ciencia exacta contemporánea, en un momento fundamental de transformaciones de esta disciplina, llevadas a cabo por grandes matemáticos franceses (incluyendo a los dos citados)<sup>53</sup>. En estos artículos aparecen los primeros trabajos de aritmética política y de probabilidad en busca de un progreso en las ciencias sociales<sup>54</sup>.

El notable, pero no extraordinario, desarrollo *centralizado* de la ciencia española -en una tercera etapa, 1768-1789, y tras el proceso de militarización científica de nuestra Ilustración a mediados de siglo<sup>55</sup>- se da en paralelo con las otras educaciones utilitarias y los impulsos propios de fábricas, comunicaciones e intercambios de productos que abundaron en este tardío momento precapitalista. Como

<sup>51</sup> C. DE CASTRO, *Campomanes*, pp. 417-418.

<sup>52</sup> Que incluye, además, una extensa historia de la matemática, firmada por Bossut (profesor con Monge de geometría): *Encyclopédie Méthodique, Mathématiques*, París/Lieja, 1784, pp. I-CXIV.

<sup>53</sup> Real cédula de 1787 en que se manda que «en todas la Universidades del Reyno se admitan y pasen los cursos de Matemáticas» dada su «necesidad y utilidad», y cuya «enseñanza falta». Sobre esta disciplina, cf. S. GARMA, «Producción matemática y cambios en el sistema productivo en la España de finales del siglo XVIII», *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, CIS, 1978, pp. 431-447. Ya había reparado en este problema general nuestro Modesto LAFUENTE, *Historia general de España*, Barcelona, Montaner y Simón, 1889, t. XV, pp. 135-136.

<sup>54</sup> Cf., sobre esta renovación, véase el trabajo de G.G. GRANGER, *La mathématique sociale du marquis de Condorcet*, París, O. Jacob, 1989, cap. 1.2.

<sup>55</sup> Cf. A. LAFUENTE, J.L. PESET, «Las actividades e instituciones científicas en la España Ilustrada», en su ed., junto con M. SELLES, *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 29-79: «Ya se han torturado suficientes documentos como para poder asegurar que no se encontrará entre nuestros científicos ninguna genialidad sepultada en los archivos» (p. 30). La primera etapa iría de 1689-1726: los estudios de R. CENAL (esp. «Cartesianismo en España», *Rev. Univ. Oviedo*, 1945, pp. 3-95), de Vicente PESET sobre el gran foco valenciano y de J.M. LÓPEZ PIÑERO sobre *La introducción de la ciencia moderna en España* (Barcelona, Ariel, 1969), han subrayado que la modernización comienza antes de lo supuesto, y que tiene otras fuentes aparte de las francesas, por lo demás tan evidentes en el terreno científico.

señalan Peset y Lafuente, ese «empuje público se ve en algunos lugares secundado con el que surgía en manufacturas y comercios, en especial los periféricos o los madrileños, que aparecían también como demandantes de ciencia y de técnica. La conjunción de estos dos fenómenos produce para la ciencia española un importante proceso que podríamos denominar ‘manufacturalización’ de la actividad científica y, en especial, técnica»<sup>56</sup>. Y el volumen de *Fábricas* elegido -de hecho, toda la inspiración de la *Encyclopedia* de Sancha- viene a confirmar una situación sancionada por la defensa de trabazón entre ciencia y utilidad: de Campomanes o de Olavide, de Jovellanos o de Forner.

Por otra parte, coincidiendo con el baconismo que se irradia desde los enciclopedistas en torno a los cincuenta, se había resaltado en España -de la mano del propio Bacon- el carácter experimental de las ciencias por encima del mero utilitarismo que había primado antes: «durante la segunda mitad del setecientos, utilidad sería identificada con ciencia aplicada, y el anterior componente metodológico experimental es confundido en el seno de un concepto tan amplio y ambiguo como el de empírico. Fenómeno que no es ajeno al de la paulatina consolidación del eclecticismo como filosofía oficial dominante y, como consecuencia, de debilitamiento conceptual de la reflexión teórica»<sup>57</sup>. Lo que supone un rasgo central en la posición española que, finalmente, habrá que reconsiderar.

IX. En una parte de Europa, el crecimiento acentuado en los niveles de conocimiento, junto con otros factores, incrementó el *poder potencial* de la población afectada, dados la mezcla de observación y reflexión individuales que implicaban y la idea de planificación que iba originándose a consecuencia de ello. También con palabras de Elias, el proceso de *cientificación* («denominado con frecuencia con forma inadecuada proceso de *racionalización*»), fue el que espoleó rápidas modificaciones de la sociedad en general<sup>58</sup>. Ya un sociólogo clásico como Gabriel Tarde decía que, en la segunda mitad del siglo XVIII, «nace, crece un público político que bien pronto, en sus desbordamientos, absorbe como un río absorbe a sus afluentes, todos los otros públicos, el literario, el filosófico, el científico»<sup>59</sup>, y que cobra su peso en torno a 1789.

<sup>56</sup> A. LAFUENTE, J.L. PESET, «Las actividades e instituciones científicas en la España Ilustrada», p. 43. Sobre el peso de la idea de ciencia práctica, cf. MARAVALL, *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*, pp. 483-486.

<sup>57</sup> A. LAFUENTE, J.L. PESET, «Las actividades e instituciones científicas en la España Ilustrada», p. 53. Modesto LAFUENTE, *ibidem*, decía: «No fue en verdad la *Filosofía* la ciencia en que se hicieron más adelantos en este reinado, bien que era bien difícil su reforma, porque... en parte alguna acaso se pondrían los obstáculos y reparos que aquí pusieron la ignorancia y la preocupación cuando se trató de acomodar su enseñanza a los adelantos filosóficos de otros países». Cf., análogamente, A. PAGDEN, «The Reception of the ‘New Philosophy’ in Eighteenth-century Spain», citado.

<sup>58</sup> N. ELÍAS, *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta, 1994, pp. 57 y 72-73. Véase su *El proceso de la civilización*, México, FCE, 1989, esp. pp. 492 y ss.

<sup>59</sup> G. TARDE, *La opinión y la multitud*, Madrid, Taurus, 1986, p. 47.

Pero no procede aquí, claro es, evocar minimamente las discusiones sobre los orígenes «intelectuales» (Mornet) o «culturales» (Chartier) de la convulsión francesa, específicos de este país, aunque sí conviene definir en lo posible el impulso transformador -de renovación, más o menos frustrada, en la producción y en la formación científica y cultural-, que experimentó la sociedad española en el «siglo de la inquietud» (N. de Azara, 1779), con esa guía indirecta. Y más aún en el trato con la *Encyclopedie*, en donde se pone en evidencia tanto el *progreso*, idea que defienden Jovellanos, Foronda, F. de Azara y tantos otros, como la *civilización*, palabra importada que emplean Capmany, Sempere o Meléndez Valdés. Pues si en otros aspectos el modelo mental es el italiano, portugués o alemán, en el caso de las ciencias, aplicadas o no, la referencia ha de ser el centro difusor de las Luces; núcleo indiscutible, además, de la ciencia europea en ese momento y lugar de cita -real o imaginario-, para nuestros estudiosos.

De antemano, hay que tener en cuenta que el giro francés en unas décadas fue decisivo. Los *philosophes* de la primera generación, «perseguidos y desdeñados, lucharon solos, lucharon por las generaciones futuras»: así lo hizo D'Alembert, con las «metáforas violentas y heroicas» del Discurso preliminar de la *Encyclopédie*<sup>60</sup>. Por contraste, la segunda generación, tuvo la posibilidad de abrirse al exterior y de proyectar la *pax ilustrada* por doquier -especialmente en el terreno científico, en sentido amplio-, atemperando su discurso y, sobre todo, influyendo a través de los órganos institucionales ya conquistados. En el nuevo proyecto enciclopédico, el secretario de la Academia de las Ciencias, Concorcet, había relevado pronto a D'Alembert, antes de su muerte en 1783, dando su apoyo científico a la obra Panckoucke. Este intelectual-político, que escribirá un «Aviso a los españoles» en los años revolucionarios (y tendrá su peso en el proyecto educativo de Quintana, en las Cortes de Cádiz), había sido leído, entre otros, por Jovellanos en lo tocante a las reformas económicas. Y para Condorcet, con el desarrollo de la imprenta, las Luces «se convertían en objeto de comercio», se divulgaban por otros medios, estableciendo una especie de *tribuna*, formando una *opinión pública*, poderosa y enérgica<sup>61</sup>. Este nuevo tribunal, capaz de actuar a distancia -al menos en la zona de alcance parisina-hacía dictámenes por su cuenta, daba su parecer en todo tipo de cuestiones, suministraba criterios de análisis y formulaba juicios sobre el tipo de saber imprescindible y sobre la naturaleza de la actuación social más adecuada.

En Francia, surge un público relativamente amplio y anónimo, pues los hombres centrados en los nuevos saberes (o bañados por ellos) no tienen ya que conocerse entre sí: ciertos medios de difusión hacen de transmisores de un estado de cosas en abierta transición. Y el verdadero fenómeno sociológico, decía Ortega, es el

<sup>60</sup> R. DARNTON, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura*, México, FCE, 1987, p. 209.

<sup>61</sup> CONDORCET, *Bosquejo para un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, Nacional, 1980, pp. 165-166. Sobre sus relaciones con la *Encyclopédie* de Panckoucke, cf. M. BAKER, *Condorcet, raison et politique*, París, Hermann, 1988, pp. 108-109; E. y R. BADINTER, *Condorcet (1743-1794), un intellectuel en politique*, París, Fayard, 1990, pp. 65, 160 y 197.

de la *vigencia* de la opinión<sup>62</sup>, es el de la *presión* que llega a ejercer una nueva forma cultural apoyada en las instituciones y en los órganos de expresión recién creados. Pero estos centros no son meros recipientes de determinadas ideas forjadas en el exterior ni lugares cerrados en donde se ejercita el contraste de pareceres, sino ámbitos *atravesados* por la sociedad: una concepción que permite «restituir a las formas de sociabilidad, a los soportes de la comunicación o a los procesos de educación una dinámica propia», aunque ensartada en el momento histórico. El papel de las *lecturas filosóficas*, allí tan palpable y efectivo («leían los mismos libros», constató Tocqueville), no es transplantable sin más a otros lugares, y eso dejando de lado la complejidad de la secularización francesa y la ambigüedad misma del sentimiento religioso<sup>63</sup>.

Sin embargo, el cambio de actitud en el caso de la técnica, pese a las notables diferencias con Francia, fue evidente aquí a finales del siglo XVIII. La creciente presencia, en las expresiones de la cultura en tiempos de Carlos III, de la *materia opaca* -manufacturas, talleres, vías de acarreamiento de productos-, es indiscutible; así como lo es la defensa de un lenguaje filtrado, muy propio para la ciencia, y el afán clasificatorio de la naturaleza, como atestiguan nuestros valiosos botánicos, geógrafos y expedicionarios. Por supuesto que las zonas de influjo de este movimiento renovador fueron limitadas (como lo son, a primera vista, las pautas culturales siempre); pero su calado se mide también por las opiniones encontradas, viscerales a veces, que suscitó y que, incluso, hoy suscita: por el reconocimiento de sus acciones políticas, de sus obras, de sus libros, muchas veces admirables, en las ideas del futuro. Todo ello nos sugiere cambiar de ángulo -algo característico de la historia de las ideas- para intentar reconocer una mutación propia y percibir las diferencias con nuestros vecinos.

Si se admite que sólo después del filtro conceptual de Descartes, en la zona de influencia francesa, se pudo hablar de *materialismo* y que esta voz caracteriza a cierta mirada moderna que reduce todo a la materia y al movimiento -tras el elogio de R. Boyle, en 1674, a la *filosofía mecánica*-, parece lícito tomarla como referencia valorativa, a título de prueba, para dar cuenta de la peculiaridad teórica española en su etapa modernizadora. De hecho, el término *materialismo* aparece como «insulto» habitual en las acusaciones incesantes del pensamiento tradicional o reaccionario sin más a cualquier manifestación de las Luces en España; pero su presencia fue más bien inexistente, en sentido estricto, en el pensamiento español del siglo XVIII (no bastaría

<sup>62</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, Madrid, Alianza, 1981, pp. 266-267. Las fuentes del pensamiento social de las que se nutre su reflexión son, desde luego, las reconocidas explícitamente por Ortega: lejanamente, Spencer o, mejor, Durkheim y las ideas sociológicas de Bergson; más cercanamente, los planteamientos de ciertos lingüistas clave, como Meillet, Saussure y Troubetzkoy. Resaltamos esta última influencia: su escrito es de 1950, y la recuperación de estos últimos se hará, claro es, con la corriente estructuralista.

<sup>63</sup> R. CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, p. 18. En Francia, «las sociedades de pensamiento de la época de las luces habrían sido la matriz de una nueva legitimidad política» (p. 19); la «autonomía conquistada es precisamente lo que hace posible y pensable la constitución de un nuevo 'público'» (p. 34). El problema está discutido al detalle en los capítulos 1 y 2.

con decir, por ejemplo, que Olavide u otros leyeran a D'Holbach). Por otro lado, hay diversas concepciones del materialismo, ya de por sí indefinido (y más aún en el enciclopedista Diderot), aunque dominadas, en el Setecientos, por la idea de *causalidad*. En Francia se encarnó, entonces, en las «fisiologías» de La Mettrie o en D'Holbach, quienes se apoyaron fundamentalmente en una *concepción material de la mente*, que la reduciría a fenómenos físicos, corporales, por obra del psicologismo bio-médico, en el primero, o del químico y orgánico en el segundo. En ese momento, sin embargo, circularon por Europa ciertos motivos que pasarán a integrarse en los argumentos que constituyen el materialismo decimonónico: la materia como entidad animada o como única realidad existente, a la que se remiten todos los demás hechos (y, por tanto, los mentales), o la materia como manifestación explícita de un modelo mecánico implícito.

Tales aspectos pueden rastrearse quizá en algún comentario de lectura español, aunque están dados siempre de un modo muy indirecto, episódico o mezclado con otras opiniones contrapuestas, que son las dominantes en realidad. Bien se sabe que otras fuentes, italianas o alemanas (Muratori, Wolff, etc), formaron parte de las Luces españolas, así como que, sobre todo, se produjo una fuerte recuperación del humanismo español del siglo XVI, de tinte cristiano, por ejemplo el de Nebrija, de Vives y del erasmismo peninsular, reforzando con la nueva autoconciencia lingüística e histórica una forma de crítica que hacía a la vez de forma de razonar y de limitadora de la razón<sup>64</sup>. Lo cual, desde luego, no les eximia de caer a menudo en la trivialidad. En fin, esta cultura espiritualista, hostil hacia la curia romana y deseosa de desembarazarse de la superstición, se sentía completada (más que combatida), por las nuevas disciplinas en alza, teóricas o prácticas.

Para la perspectiva científica, eso sí, la presencia del utilitarismo baconiano es patente desde Feijoo hasta Forner. Y Bacon fue emblema manifiesto de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert o, luego, del *Fragment sur l'Atlantide* de Condorcet; fue, también, apelado por la Ilustración europea y sirvió de pórtico, incluso, para la gran *Crítica* kantiana. Asimismo, la entrada de las ideas de Buffon se dio con fuerza en España, traducido o sin traducir: Buffon es un naturalista que aleja a Dios del orden natural, historiza a la misma Tierra y, como recordaba Meinecke, inclina la investigación empírica de la ciencia «hacia una modalidad más viva y elástica», que contrasta con el racionalismo extremo y el materialismo radical que se había difundido, pero difuminado, en las mejores figuras intelectuales europeas<sup>65</sup>. Con

---

<sup>64</sup> Las referencias intelectuales son múltiples: cf. A. MESTRE, *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, Ariel, 1976. Además véanse, p. ej., las síntesis de A. MESTRE, *Mayans y la España de la Ilustración*, Madrid, Instituto de España, 1990, cap. II; y de T. EGIDO, «La religiosidad de los ilustrados», en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España XXXI. I. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 396-435.

<sup>65</sup> Tal influjo, muy evidente en nuestra ciencia, lo subrayó ya J. SARRAILH, *La España ilustrada*, pp. 460-463 y *passim*. Además de las referencias de F. MEINECKE, *El historicismo y su génesis*, Madrid, FCE, 1983, pp. 161 y 404, véase el trabajo fundamental de J. ROGER, *Buffon*, París, Fayard, 1989; y el resumen de L.G. CROCKER, «The idea of a 'neutral' Universe in the french Enlightenment», *Diderot*

todo, el baconismo se combinaba con el practicismo de Vives, y además las mezclas intelectuales de Buffon -lo mismo sucedió en España con las newtonianas-, facilitaban su inserción en el pensamiento español. En los tiempos de Carlos III, no se aprecia una tendencia abiertamente secularizadora, aunque sí un intento de «lidiar con las sombras» del error (Feijoo) y de romper con ideas obligatoriamente heredadas.

No se trata, sin embargo, de volver a recorrer la cronología peninsular, repitiendo que en la época de Felipe V se desarrollaron temas del XVII, y, en la de Carlos III, se introdujeron motivos propios de Locke y Montesquieu. En algunas formas culturales, sin embargo, la mutación es muy rápida, de modo que, finalmente, aparecerá cierto «panorama español a tono con el europeo, aunque de menor relieve»<sup>66</sup>. La idea de *innovación* se ve asociada con motivos autóctonos de reflexión crítica, tradicionales o modernos, pero amalgamados y dominados ya en lo tocante a las ciencias nuevas con las nuevas ideas procedentes del extranjero. Pues si Locke y el racioempirismo, la base de la Ilustración, se difundieron en España indirecta pero claramente<sup>67</sup>, en torno a los años de la *Encyclopedia* se tradujo a Condillac (Cabarrús hablaba del *siglo calculador*), a Hume o a juristas y economistas como Filangieri o Adam Smith, que permitía ir más allá de la fisiocracia; del mismo modo que, por otra parte, se discutió a menudo sobre la *voluntad general*. Pero todo ello con mucha moderación. La hibridez del pensamiento español está, de hecho, en consonancia con el espíritu más bien reformista que en realidad predominó, y predominará.

Jovellanos, en su *Elogio a Carlos III* -ese documento fundamental de 1788- definía la regeneración carolina con una secuencia *científica* que arranca de la enseñanza de la matemática como base para la indagación natural. De modo que, según prosigue en su balance, «la fuerza de la demostración sucede a la sutileza del silogismo. El estudio de la física, apoyado ya sobre la experiencia y el cálculo, se perfecciona; nacen con él las demás ciencias de su jurisdicción: la química, la mineralogía y metalurgia, la historia natural, la botánica: y mientras el naturalista observador indaga y descubre los primeros elementos de los cuerpos, y penetra y analiza todas sus propiedades y virtudes, el político estudia las relaciones que la sabiduría del Criador depositó en ellos para asegurar la multiplicación y la dicha del

---

*Studies*, XXI, 1983 (Ginebra, Droz), pp. 45-76, esp. pp. 57-59. Sobre Buffon en España, cf. A. LAFUENTE, J.L. PESET y otros, «Literatura científica moderna», en F. AGUILAR PIÑAL (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta, 1996, esp. pp. 985-989. La polémica sobre los animales americanos, según Buffon, zanjada por F. de Azara (cf. el original resumen de J.M. LÓPEZ PIÑERO, T.F. GLICK, *El megaterio de Bru y el presidente Jefferson*, Valencia, IEDHC, 1993, p. 44), es índice de la circulación de ideas del primero.

<sup>66</sup> J.A. MARAVALL, *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*, p. 572. Un excelente resumen del esfuerzo iniciado del país hermano, a través de las reformas pombalinas, se halla en A. BESSA-LUIS, *Sebastiao José*, Lisboa, Editora Nacional, 1981, cap. VII: véase el peso de las ideas de Luís António Verney a mediados de siglo, cuyo nuevo método fue traducido al castellano en 1760, logrando un eco notable.

<sup>67</sup> Cf. el ya viejo pero ponderado ensayo de L. RODRÍGUEZ ARANDA, *El desarrollo de la razón en la cultura española*, Madrid, Aguilar, 1962, c. XII, pp. 162 y ss., así como las pp. 199 y ss.

género humano»<sup>68</sup>. En esta frase tan ilustrada -en la que sobrevuelan la ideas de «disgregación» en elementos, luego combinables, y de «física social»-, no podemos ver antecedente alguno de esa visión epistemológica materialista en la que cualquier proposición aceptable tiene sólo que ver con *hechos físicos*, esto es, con manifestaciones de cuerpos materiales claramente definidos. También es verdad que tampoco se vería en muchas afirmaciones de europeos coetáneos, pues los ilustrados no hicieron del saber científico el pilar de todos los conocimientos sino que lo equipararon con ellos. Por contraste con los positivistas del siglo XIX, «elaboraron los cimientos de una historia de las ciencias como historia social y cultural de un saber considerado críticamente en el mismo plano que los demás saberes»<sup>69</sup>.

Pero los grupos españoles con iniciativa social, usando los argumentos de Maravall, más que hacer una crítica de la religión se *enfrentan* al poder clerical, más que formar un núcleo de tendencia racionalista, al modo francés o inglés, se limitan a *aplicar* un simple racionalismo metodológico, el de esa ciencia experimental «de Feijoo y tantos otros, que, a lo sumo, toma elementos fragmentados de Bacon, Gassendi o Newton». En suma, que un grupo español ilustrado «no hace de la ciencia una manera general de entender el mundo, sino que redobla su insistencia en renunciar a todo 'sistema'»<sup>70</sup>. Y este asistematismo visceral, que se superpone a la lucha contra los sistemas propio del pensamiento europeo de las Luces, facilita el aumento del eclecticismo y el énfasis en la utilidad. Dada la ausencia de teorías globales y dada la especial conservación de la religión (por sentimiento o por hábito), no procede hablar de «materialismo» -por cerrar la comparación propuesta-, sino, en todo caso, de un fuerte desarrollo del interés por la *cultura material* en la Ilustración española.

Mediante este giro robado a la antropología -*cultura material*-, nombramos el nacimiento y, sobre todo, el arraigo de una curiosidad básica por los terrenos prácticos así como una voluntad de instalarse en este dominio de la experiencia. Lo cual es un requisito indispensable para la constitución de una ideología o una epistemología materialista, que sólo alcanzará sus formulaciones canónicas avanzado el siglo XIX, con su sistema dogmático de exclusiones de los motivos a tratar y su determinismo de la cosas controlables con seguridad. La aparición y el asentamiento de técnicas nuevas y de una economía distinta estuvieron sin duda vinculadas entre sí. Y la línea

<sup>68</sup> JOVELLANOS, *Prosa*, pp. 131-147. La importancia de este elogio ha sido subrayada por los estudiosos de las ideas.

<sup>69</sup> V. FERRONE, «El hombre científico», en M. VOVELLE (ed.), *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 229-230. Elegimos esta puesta a punto, densa, que es más que un buen resumen de trabajos recientes sobre la cultura científica en el siglo XVIII.

<sup>70</sup> J.A. MARAVALL, *Estudios*, p. 248. Difundida la voz civilizar, algunos de nuestros ilustrados tardíos hablaban incluso, simultáneamente, de «nuestra cultura y civilización» (p. 228). Para Maravall -y J.L. Peset lo ha sugerido paralelamente-, «la pretensión final de nuestros ilustrados tienen con frecuencia mayor alcance que el que suponemos, aunque la tradición de opresión intelectual, la insuficiencia científica en la sociedad que les rodea, el inmovilismo de la estructura social y de su apoyo económico tradicional, restaran posibilidades a una formulación más clara y completa de su afán innovador» (p. 249). Defendery calibrar ese *mayor alcance*, sólo para algunos evidente, ha sido nuestra intención en estas notas. Es un problema abierto.

de influjo fue señalada por el viejo Sombart: el *racionalismo económico* experimenta su desarrollo a través del *racionalismo técnico*<sup>71</sup>. La experiencia como base de la técnica estaba ya viéndose poco a poco desplazada, en Europa, por un conocimiento científico, aunque la situación española fuese precaria aún y los obstáculos para su inserción social -en la enseñanza, en la política, en la vida en su conjunto- crecerán aún durante unas cuantas, excesivas, décadas.

Con todo, la publicación de la nueva *Encyclopedia* en España -en un tiempo educativo, pero también ahorrador-, se suma a la defensa de la utilidad tan perceptible en cualquier repaso de los temas prácticos del último tercio del siglo y de cómo llegaron a materializarse en la sociedad. Y ahora, tras abrir estos densos volúmenes, cabe también afirmar que el esfuerzo de coordinación y de búsqueda de un término medio, propio del «eclecticismo enciclopedista», fue un problema que afectó desde dentro a la civilización española de las Luces. Con la *Encyclopedia Metódica*, desgraciadamente inconclusa, llegó a surgir un foco activo que revelaba un afán recopilador a la vez idéntico y algo distinto al europeo. Una enciclopedia, además de una trama lingüística y una estructura analítica y combinatoria, es una especial «nomenclatura», como descripción de cosas y como corpus de conocimientos precisos. Es, pues, un registro de hechos y trabajos, de datos y herramientas. Y como «documentación material», deviene un ejemplo de cultura *impuesta por la realidad* y severamente codificada por ella: en este caso, la realidad española.

El pensamiento ilustrado trataba como una unidad infragmentable los mundos natural e histórico, reclamando para ambos un fundamento inmanente<sup>72</sup>. Y si, lo mismo que la naturaleza, la historia se veía como *ejemplar* (demostrativa, dijo Forner), también el conocimiento enciclopédico de las cosas quería convertirse en «un saber acerca de los errores», al ejecutar una clasificación de la verdad adquirida incorporando la ciencia moderna. «Reunir, combinar y ordenar», proponía Jovellanos en su *Elogio*. Este encasillamiento *ejemplar* de los saberes, este almacenaje y encuadramiento de datos -surgidos de la simultaneidad modélica de la naturaleza y la historia-, revela un horizonte práctico, de acuerdo con el modelo baconiano de repertorios «totales» de la realidad y el alejamiento del sistematismo leibniziano que caracterizan al trabajo neutro y codificador de Panckoucke, reforzado además por el planteamiento cauteloso de la empresa editora de Sancha: por la forma de nuestra Ilustración. Un ejemplo del despliegue de la *cultura material* lo constituye, pues, esta traducción aumentada, pese a sus recortes, dificultades y posibles manipulaciones.

---

<sup>71</sup> SOMBART, *El burgués*, Madrid, Alianza, 1977, cap. 28. Las dificultades de esta idea clásica (Weber, Mannheim, Simmel), son evidentes a la hora de aplicarlas en la historia de la cultura: por ejemplo, Foucault o Chartier lo han intentado en Francia, los frankfurtianos y Elias en Alemania, Venturi de otro modo en Italia, Maravall en España.

<sup>72</sup> Cf. E. CASSIRER, *La filosofía de la Ilustración*, México, FCE, 1981, pp. 224-225. Sobre el contexto general de la apreciación de Forner, cf. J.A. MARAVALL, *Estudios*, pp. 113-138. El enciclopedismo de Feijoo sin duda empujó la «conquista» de nuevos territorios del saber: cf. J. MARICHAL, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 90-101.

El prontuario o almacén de datos imprescindible que se pretendió ofrecer en España, vertiendo una famosa prolongación del enciclopedismo europeo, a finales de siglo, corresponde a una etapa inicial de acumulación y de ordenamiento globales en nuestra sociedad. Pero el arraigo inseguro de esta *cultura material* -un materialismo «poco materialista»- pone de manifiesto los límites del cosmopolitismo del Antiguo Régimen en su momento final; y sólo desembocará en otras ideas y en otra eficacia productiva bajo las condiciones históricas del futuro inmediato. Las hondas dificultades españolas para lograr una pronta recuperación, superando entre otras las «ruinas» docentes<sup>73</sup>, no impedirá que el mundo de ideas críticas<sup>74</sup> atestiguado por esta *Encyclopedia* desenterrada conserve cierta vigencia oculta, si bien la forma de organizarlas, su intención misma y, desde luego, su diálogo con la cultura en la que habrían de insertarse tendrán que tener, sin duda, una apariencia radicalmente nueva.

---

<sup>73</sup> A. JIMÉNEZ FRAUD, *Historia de la Universidad Española*, Madrid, Alianza, 1970, III. 3.

<sup>74</sup> La «historia crítica» del pensamiento, tan propia del Setecientos europeo, se recogía en la *Encyclopédie méthodique* de mano de Nageon, en tres volúmenes que aparecieron en los noventa (cf. el balance de E. GARIN, *Dal Rinascimento all'illuminismo*, Florencia, Le Lettere, 1993, cap. XIV). Si se hubiese publicado en la E.M. de Madrid, el proyecto de Sancha habría adquirido un relieve especial.